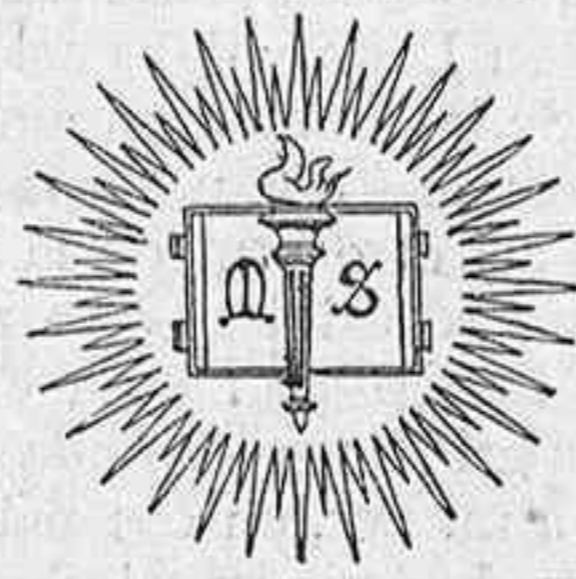


La Ilustración



Artística



AÑO XXIII

← BARCELONA 17 DE OCTUBRE DE 1904 →

NÚM. 1.190



LA NINFA DE LA SELVA, grupo escultórico para una fuente monumental, modelado por R. Holbe
(Exposición de Bellas Artes de Dresde. 1904.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Barcelona. Fiestas de la Merced.* — *Crónicas andaluzas. Ermitas y santuarios*, por J. Gestoso y Pérez. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* — *Nuestros grabados.* — *Bellas Artes.* — *Problema de ajedrez.* — *La Zarzalera*, novela ilustrada (continuación). — *Medallas de Rodolfo Mayer.*

Grabados.—*La ninfa de la selva*, grupo escultórico modelado por R. Holbe. — *Barcelona. Fiestas de la Merced.* Las siete carrozas de la cabalgata de la Música, organizada por el «Niu guerrer.» — Nueve reproducciones fotográficas alusivas á dichas fiestas. — Dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo *Crónicas andaluzas. Ermitas y santuarios.* — *Guerra ruso-japonesa. El acorazado «Ashold» reparando sus averías en el puerto de Shanghai.* — *Un vivaque japonés.* — *Cadáveres de soldados rusos cubiertos de follaje.* — *Cuidados prodigados por los japoneses á los heridos.* — *Cañones de madera empleados por los japoneses para engañar al enemigo.* — *Sir Guillermo Harcourt.* — *Augusto Bartholdi.* — Ocho medallas, un busto y una plaquita, obras de Rodolfo Mayer. — *Montopoli (Sabina)*, dibujo de Ramón Tusquets.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Han llegado á absorber el interés que antes se consagraba exclusivamente á las ideas y á los principios, las cuestiones del orden práctico, los sencillos fenómenos de la economía. Ya preocupan á todo el mundo el descanso dominical, la subida de los alcoholes, el que el café tenga ó no tenga gotas; y la supresión de ese chorrito mezclado á la dudosa infusión negruzca que en los cafés se sirve en innobles recipientes de basto metal, causa, según noticias, profunda decepción en los parroquianos.

Diríase que las gotas tenían algo de simbólico. En medio de una bebida deslabazada, sin aroma y sin fuerza, semejante á la existencia de los consumidores, las gotas destilaban algo de magia, algo de hechizo, sabor pronunciado y estimulante. Las gotas eran la fantasía—perjudicial, convenido, como es siempre perjudicial el alcohol,—pero atractiva, especie de sirena, que hace olvidar y convida á viajar por los espacios. Las gotas activaban las digestiones de los numerosos dispépticos que van á luchar con lentitudes y pirosis en medio de la humareda que es la atmósfera de los cafés, ese gran soñadero infructífero de nuestra raza; las gotas prestaban apariencia de lujo á un vulgarísimo pasatiempo y á una bebida plebea; las gotas daban la ilusión de un obsequio, de una generosidad del cafetero hacia el público. Se les ha restado un goce á las nueve décimas partes de los españoles. He observado con curiosidad ese goce que mi repulsión al alcohol me hacía difícil de comprender. Siempre debemos envidiar los goces que se encuentran en medio de la calle, y deplorar que no nos basten, ni nos sonrían. ¡Las gotas sonreían, desde el negro seno de la taza, con tan insinuante sonrisa, á tantos mortales!

El duque de Denia ha sobrevivido poco á su mujer.

Era, sin embargo, más joven que ella, lo menos seis ó siete años, y llevaba vida sana, de cazador y deportista.

No le había castigado tan duramente la edad como á la duquesa Angela, á quien había arrebatado, con ultrajes, el precioso don de la hermosura. Para las mujeres que nunca han sido regiamente bellas, como esta ricahembra, el tiempo es más misericordioso. Pero la imagen que el espejo reflejaba en los últimos periodos de la existencia de la duquesa se diferenciaba tanto de la imagen de aquella mujer que Castelar presentó á Víctor Hugo en París diciéndole «*Voilà la beauté espagnole*,» que mirarse debía constituir para ella un suplicio.

«Así era,» me dijo un día el duque, enseñándome un retrato de los años, no precisamente juveniles, sino de la espléndida madurez: la color morena, los ojos semíticos, negros, aterciopelados, el gran sombrero de gallardas plumas sombreando la cabellera intensamente oscura, que en largos tirabuzones flotaba por los airosos hombros. Había, en la afirmación, melancolía y orgullo juntamente. La melancolía de lo irrevocablemente pasado, el orgullo de lo grande y de lo indiscutible. Y era vano, era estéril constatar alguna de esas mentiras sociales que se prodigan en los salones cuando reaparece en ellos un instante, luchando con el estrago de la edad, la que fué un tiempo encanto y gala de una corte y de una sociedad. Era vano: callar valía más, tributando á lo pasado, á lo que no podía remediarse, el homenaje del silencio.

El asunto Casa Riera es de los que atraen al novelista y al aficionado á observar las profundidades de eso que llaman «corazón humano» y que no es sino el conjunto de las funciones espirituales, el alma. ¿Qué hay bajo lo que los periódicos califican de

chantage? Y dado que no exista, como parece que no existe, tal usurpación de estado civil; dado que el marqués de Casa Riera sea el verdadero y auténtico marqués de Casa Riera—yo no tengo el gusto de conocer á este señor,—¿qué envuelve la leyenda del misterioso palacio de la calle de Alcalá?

Porque así como la clave de cierto horrendo crimen cometido en Lugo y del cual hablé aquí, está en los sótanos de la casa del criminal, aquellos sótanos en que «se mete á una persona y no vuelve á ver la luz del sol,» así el origen de la novela, ficción ó calumnia—yo no sé calificar esto porque no he logrado sacar en limpio gran cosa de los deficientes relatos de los periódicos—forjada contra el actual marqués, está, á mi ver, en ese palacio de duendes y espectros, cerrado á piedra y lodo, desde ha medio siglo, y desafiando y pinchando, con su secreto, con lo enigmático de sus ventanas y puertas inmóviles, á los noveleros transeúntes.

Un palacio de tal esplendor, situado como ese en el centro del Madrid animado y bullicioso, y deshabitado siempre, cual si pesase sobre él alguna maldición fatídica, algún voto hecho en momentos terribles y transmitido hereditariamente (pues el marqués de Casa Riera que abandonó la soberbia residencia no es el mismo marqués de Casa Riera á quien hoy niegan su estado civil y que va á defenderlo ante los tribunales de justicia), tiene que suscitar infinitos comentarios. Si no hubo drama, siempre lo inventará el emocionalismo del público.

El día 15 de este mes, la Iglesia celebra la fiesta de Santa Teresa de Jesús, y el día 1.º, la voz autorizada del Sr. Brieva Salvatierra ha hecho el panegirico de Isabel la Católica... y un poco, al paso, de la Inquisición.

Estas dos mujeres, á decir verdad, encarnan y representan lo más alto de nuestra historia y lo más bello de nuestra psicología nacional.

Yo creo muy factible discutir á la reina, empezando por su elevación al trono, que se hizo sobre base de usurpación, en lo cual no desmintió la princesa de Castilla su estirpe de Trastámara; pero si cabe apreciar diversamente los fastos de Isabel I, no cabe negar la belleza y nobleza de su carácter. Son compatibles los mayores errores políticos con la grandeza de ánimo, con la elevación del espíritu, con la virtud, hasta con la santidad. Inglaterra—por ejemplo—ha tenido la fortuna de encontrar otra Isabel, que no es comparable, en el terreno moral, á la castellana, pero que sin género de duda tuvo mayor acierto é imprimió á su reinado dirección, para el porvenir, más segura. Confunden y hacen vacilar esas figuras que nos ganan la voluntad, que nos cautivan, y que no resistirían acaso un examen imparcial, no de su modo de ser íntimo, sino de sus actos.

Para este examen se requeriría escribir varios volúmenes. Y quizás no condujese á nada, como no fuese al desinteresado placer de analizar detenidamente una época histórica. El mal es secular, y sobre los yerros que nos legó Isabel de Castilla se han petrificado nuevos yerros y se han hacinado fatalidades. Dejémosla y hablemos de Teresa de Jesús; que esa, habiendo tenido por reino su propio corazón transverberado, no da lugar á crítica mezquina, sino á admiración sin mancha ni mezcla.

La esencia más penetrante del alma española después de la Edad Media se concentra en una flor de éxtasis: Santa Teresa de Jesús. Ver á Avila, nos da explicación y comentario (todavía en nuestros tiempos) de la vocación de su hija más ilustre. En Avila, la idea de la vida se hace severa, clara, apasionada, y como alhelís sobre las rudas piedras de la ciudad fortaleza, brotan los sueños del cielo, las aspiraciones á algo mejor que lo terrenal. Allí la tierra es pedregosa, seca, arcillosa, sembrada de cantos redondos como testas de moros descabezados; pero en el cielo, alto, sereno, profundamente azul, que asoma por entre las cresterías de los graves monasterios y los alminares de las recias murallas, ¡qué cálices de luz se abren por la noche! ¡Qué glorioso refulge de día el sol castellano, incendiando las eras y los melancólicos barbechos!

Avila no sería tan silenciosa como hoy en los días de la Santa: no tenía la nota de soledad que al presente reviste; pero ya en ella—á pesar de la animación de sus mercados y del señorío que se gallardeaba en sus casas nobles solariegas—se vivía como en un relicario, con vida que olía á incienso y á azucenas claustrales. Alrededor de la ciudad, la naturaleza castellana predispone á la contemplación. La Sierra de Gredos es aún más propia que de pastores, de eremitas. En su cúspide hay un lago de hielo profundísimo; allí ni se atreven á subir los cabreros. Para una imaginación infantil, tal vez impregnada de consejas y cuentos maravillosos, allí está lo descono-

cido, lo sobrenatural, la unión de la tierra con el cielo; y detrás de los picachos y las heladas lagunas está, ¿quién sabe?, aquella tierra de moros hacia la cual, de niña, quería dirigirse Teresa para buscar el martirio.

Sin embargo, un aspecto peculiarísimo de Santa Teresa no guarda relación con la comarca donde nació; es rasgo individual suyo, y la enlaza con la humanidad, dando calor y dulzura femenil á su santidad. Es el agrado, la amabilidad riente de su manera de ser santa. «Nadie—dice su biógrafo Yepes—la conversaba que no se aficionase y perdiere por ella, y niña y doncella y seglar y monja, reformada y antes que se reformase, fué con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro, porque el aseo y buen parecer de su persona, y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condición, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de más y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía á si misma, quedaban como presos cautivos de su trato.» En este panegirico está Santa Teresa independiente, superior á la ceñuda y contemplativa Avila; está rodeada de su aureola de fundadora, pues para fundar hay que salir de la contemplación, vivir afablemente entre los hombres. A solas, Santa Teresa bebía largamente el agua viva de la contemplación; entre gente, pocos han practicado mejor la amena virtud de la eutrapelia, ni en nadie se pueden buscar más sabrosos ejemplos de gracia... dentro de la gracia. De hecho Santa Teresa era festiva en su condición, amiga de ingeniosos discreteos, aficionada á la poesía conceptuosa, y hasta sabemos que ejerció con buen humor y donaire la menuda crítica literaria, escribiendo lo que entonces se llamaba *un vejamen*, y en el cual anunciaba á D. Francisco de Salcedo: «Si no se desdice, le denunciaré á la Inquisición; porque después de venir todo su papel diciendo «este es dicho de San Pablo y del Espíritu Santo,» dice al fin de él que ha firmado necedades.»

Cuando empezó á fundar la santa, la auxiliaban Fray Antonio de Heredia, de arrogante estatura, y el chiquitín San Juan de la Cruz. «Ya tengo fraile y medio,» solía repetir. Este chanco de Santa Teresa tiene, más que carácter español, dejo franciscano. Es la alegría del puntapié al mundo, la risa gentil del desasimiento, por el cual la Santa declaraba de sí propia que no era «pobre de espíritu,» sino «loca de espíritu,» y encarecía la «honraza» que trae consigo la verdadera pobreza. Una novicia se presentó con joyas y dineros para el tesoro del convento, y exclamó la santa: «Hija, no me traiga más cosas, que la echaré de casa juntamente con ellas.»

«Tres cosas—confesaba la santa—se han dicho de mí. La primera, que cuando moza tuve buen parecer. La segunda, que era discreta. Y ahora, que soy santa. Las dos primeras las creí, y ya me he acusado de esta vanidad. ¡No estoy tan engreída que pueda dar crédito á la tercera!» Era este su espíritu, el humorismo, el regocijo interior, semejante al de los compañeros más sencillos de San Francisco; y conociendo su modo de ser, las monjas procedían ante ella como criaturas, como locuelas de espíritu igualmente. Una vuelve de la cocina con un cesto de vajilla que acaba de fregar, y se pone á bailar, alborozada, delante de la Madre. Y Teresa, complacida, exclama: «¡Ay Maribobales, ella riendo se ha de ir al cielo!»

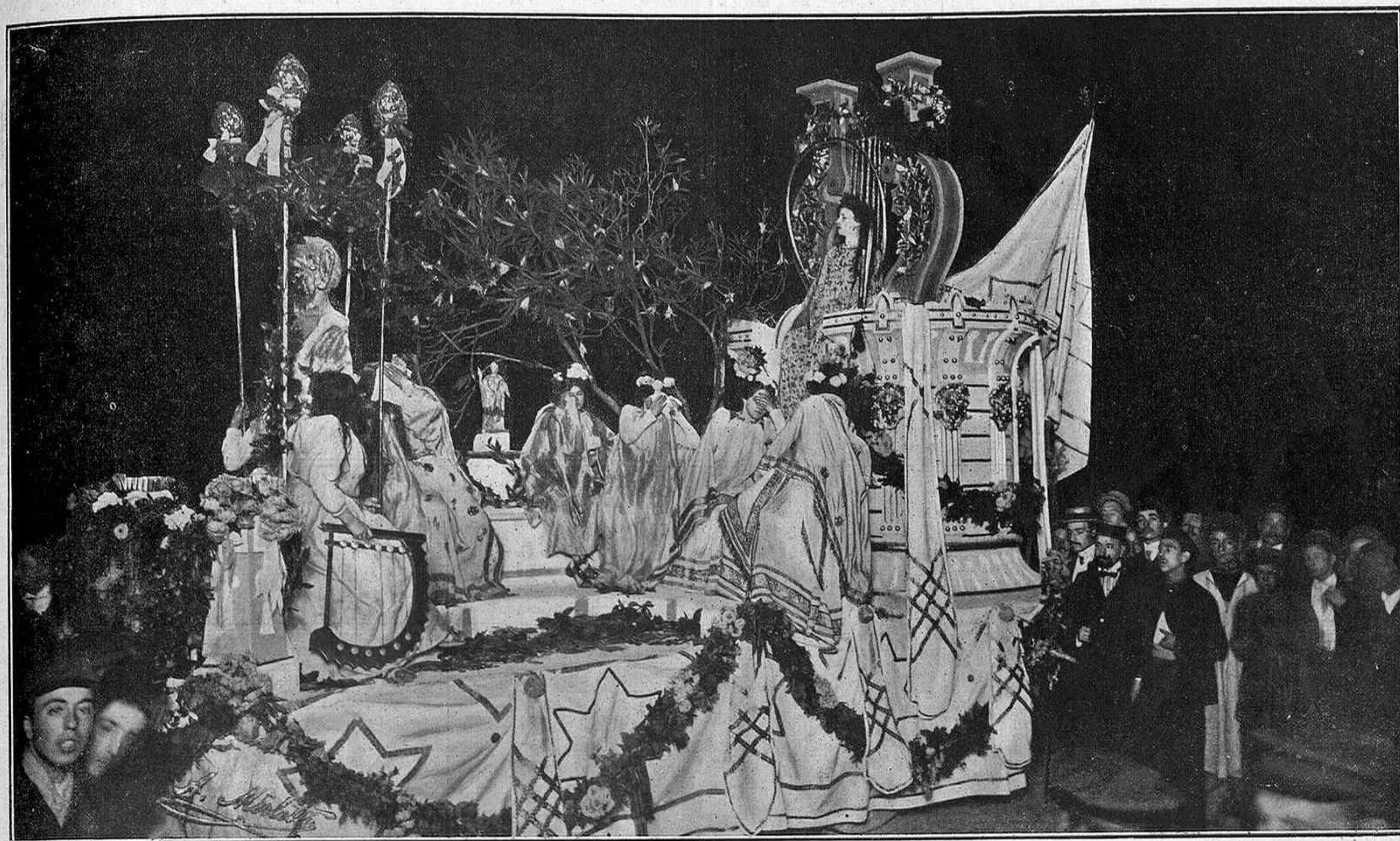
Y no era sólo alegre; era intrépida, serenamente superior, como dama bien nacida, á las insolencias del villanaje. Iba con San Juan de la Cruz por los caminos, y á las insinuaciones groseras, que ruborizaban al santo, decía desdeñosa: «¿No se corre la dama, y se corre el galán?»

Así es que la idea que de Santa Teresa nos formamos es dulce, franca, desenfadada, y para decirlo con una sola palabra, llena de simpatía. En aquella época de monarcas agobiados, sombríos, de teólogos sutiles, de doctores é inquisidores, hay, sobre la faz pétrea de Castilla, una sonrisa, como en los cuadros más místicos del Greco hay un bello doncel, una cabeza viva y encantadora. Cosa verdaderamente singular y admirable esta bienaventurada, favorecida con beatitudes extáticas desde la tierra, envuelta en arrobos y transportes como las Concepciones de Murillo en sus esplendorosos rompimientos de gloria, visitada por Cristo, arrebatada por el Serafín de fuego, con las entrañas pasadas de dardo amoroso, á quien dijo Dios: «Si no hubiese criado el cielo, le criara para ti sola...» y que sin embargo continúa siendo la amable, ingeniosa, graciosa monja, tan mujer, que no tenía reparo en quejarse de que la habían retratado fea.

Y en su estilo de escritora, la misma deliciosa mezcla de lo sacro y lo familiar, lo donoso y lo extático, lo sencillo y lo divino...

EMILIA PARDO BAZÁN.

BARCELONA.—FIESTAS DE LA MERCED



CABALGATA DE LA MÚSICA, ORGANIZADA POR EL «NIU GUERRER.» CARROZA DE LA MÚSICA MITOLÓGICA. APOLO Y LAS MUSAS. (Fotografía de A. Merletti.)

El Coso blanco y la Cabalgata de la Música, junto con las partidas de ajedrez vivientes de que nos ocupamos en el número anterior, han sido las notas más salientes de las pasadas fiestas.

El Coso blanco se celebró en los jardines del Parque, á los que acudió público numerosísimo, y en él tomaron parte 17 coches adornados que desfilaron por los paseos de los tilos y de los olmos, elegantemente decorados bajo la dirección del artista señor Chía y del arquitecto D. Julio Fosas. El jurado otorgó los siguientes premios: gran premio, á una Góndola del Círculo Mercantil; premio de honor, á una Cacatúa de la sociedad Buena Sombra; premio de originalidad, á una Guitarra original de los hermanos Sres. Ventura; premio del Excmo. Sr. Capitán General, á una Mariposa de doña Teresa Subirá; primeros premios, á un Pensamiento de doña Mercedes Llorba, á una Góndola de los Sres. Molist, á un Foyer de doña Magdalena Panicelo y á un Capricho de doña Emilia Nebot.

A pesar del escaso número de carruajes adornados, la fiesta resultó muy animada, y los coches que se disputaron los premios produjeron excelente efecto por el buen gusto que había presidido en su decoración.

La Cabalgata de la Música que, organizada por la sociedad «Niu Guerrer,» recorrió por la noche las principales vías y paseos, estaba formada en el orden siguiente:

Batidores de gran gala de la guardia municipal montada.

Rey de armas á caballo con el pendón y el escudo de España y guardia de honor.

Rey de armas á caballo con el pendón y el escudo de Cataluña y guardia de honor, escolta, pajes, palafreneros y heraldos de la ciudad.

Alguacil con el pendón de Barcelona, pregonero y escolta.

Trompeteros de la sociedad «Niu Guerrer» á caballo, pajes y bomberos con hachas. Guión de la sociedad con heraldos, pendones, banderas, medallones y trofeos.

Grupo primero.—Guión del grupo mitológico; pajes y heraldos con trofeos, hachas y pendones.

Carro alegórico de la Música mitológica: el dios Apolo con las Musas y el dios Pan; ninfas con cítaras, liras, arpas, etc., etc.

Pajes con hachas, trofeos, bengalas y bandas de música.

Grupo segundo.—Música española. Guión del grupo, jinetes, pajes con banderas españolas, cintas,

escudos, medallones, trofeos, hachas y guardias montados.

Carro alegórico de la Música española, en el que estaban simbolizadas las principales óperas y zarzuelas, adornado con toda clase de instrumentos músicos genuinamente del país.

Pajes, bomberos, jinetes, etc.

Grupo tercero.—Música francesa. Guión, pajes y bomberos con trofeos, medallones con nombres, emblemas y atributos musicales.

Carro alegórico de la Música francesa, ostentando en sitio preferente el busto de Gounod y con la reproducción de una escena de la ópera *Faust*.

Pajes, guardias y una banda de música.

Grupo cuarto.—Música alemana. Guión á caballo con la bandera alemana, pajes, heraldos y personajes de *La Walkyria* á pie y montados.

Carro alegórico de la Música alemana: en primer término, Wotan y Brunhilda; en el fondo, las ondinias del Rhin, de la tetralogía *El anillo del Niebelungo*.

Pajes, guardias, jinetes, bomberos con hachas, etcétera.

Grupo quinto.—Música italiana. Guión y heraldos montados, personajes de *Aida* con trofeos y estandartes y trompeteros montados.

Carro alegórico de la Música italiana, con medallones en los que se veían los bustos en bajo relieve de Rosini, Bellini y Verdi; decoración y personajes de la ópera *Aida*.

Guardias, pajes, heraldos, jinetes, bomberos, etc.

Grupo sexto.—Música catalana. Guión y heraldos montados, pajes y jinetes con trofeos y emblemas. Grupos de coristas de las sociedades euterpenses con sus diferentes estandartes.

Carro alegórico de la Música catalana, escoltado por voluntarios catalanes de la guerra de Africa. En el centro, el busto de Clavé, rodeado de diferentes personajes que representaban las principales producciones del popular compositor, tales como *Las flors de maig*, *Las galas del Cinca*, *La Maquinista* y *Los Nets dels Almogàvers*; en el fondo, una matrona que simbolizaba la composición *Gloria á España* y varias figuras que personificaban otras obras del mismo autor.

Pajes, heraldos, bomberos, etc.

Grupo séptimo.—Personajes vestidos con trajes de diferentes naciones; pajes y heraldos con trofeos y estandartes de la música en general; jinetes con banderas y cintas; pajes y heraldos de la sociedad «Niu Guerrer» con trofeos y abanicos de plumas; banda

municipal; bomberos con hachas y bengalas y el gran carro alegórico final que representaba la coronación de la Música por el dios Apolo.

Cerraban la comitiva varios pajes, jinetes, heraldos, guardias, bomberos con trofeos y banderas de todas las naciones en ella representadas.

La cabalgata produjo excelente efecto por la originalidad y el buen gusto con que estaban adornados los carros, todos ellos iluminados profusamente. Lástima que algunos incidentes ocurridos en algunos de éstos y que obligaron á apagar las luces de acetileno que llevaban, deslucieran el espectáculo y privaran á la mayor parte del inmenso público que presenció su paso de hacerse cargo de las bellezas de conjunto y de detalle de la cabalgata.

Otros festejos se han celebrado con motivo de las Fiestas de la Merced, mereciendo especial mención la fiesta deportiva, la fiesta marítima y el festival de las Arenas de Barcelona.

En la fiesta deportiva, organizada por el «Sportman Club,» hubo carreras á pie, sueltas de palomas mensajeras, foot-ball nacional, carreras de cintas á caballo, carreras de coches al trote y carreras de bicicletas, tandems y motocicletas.

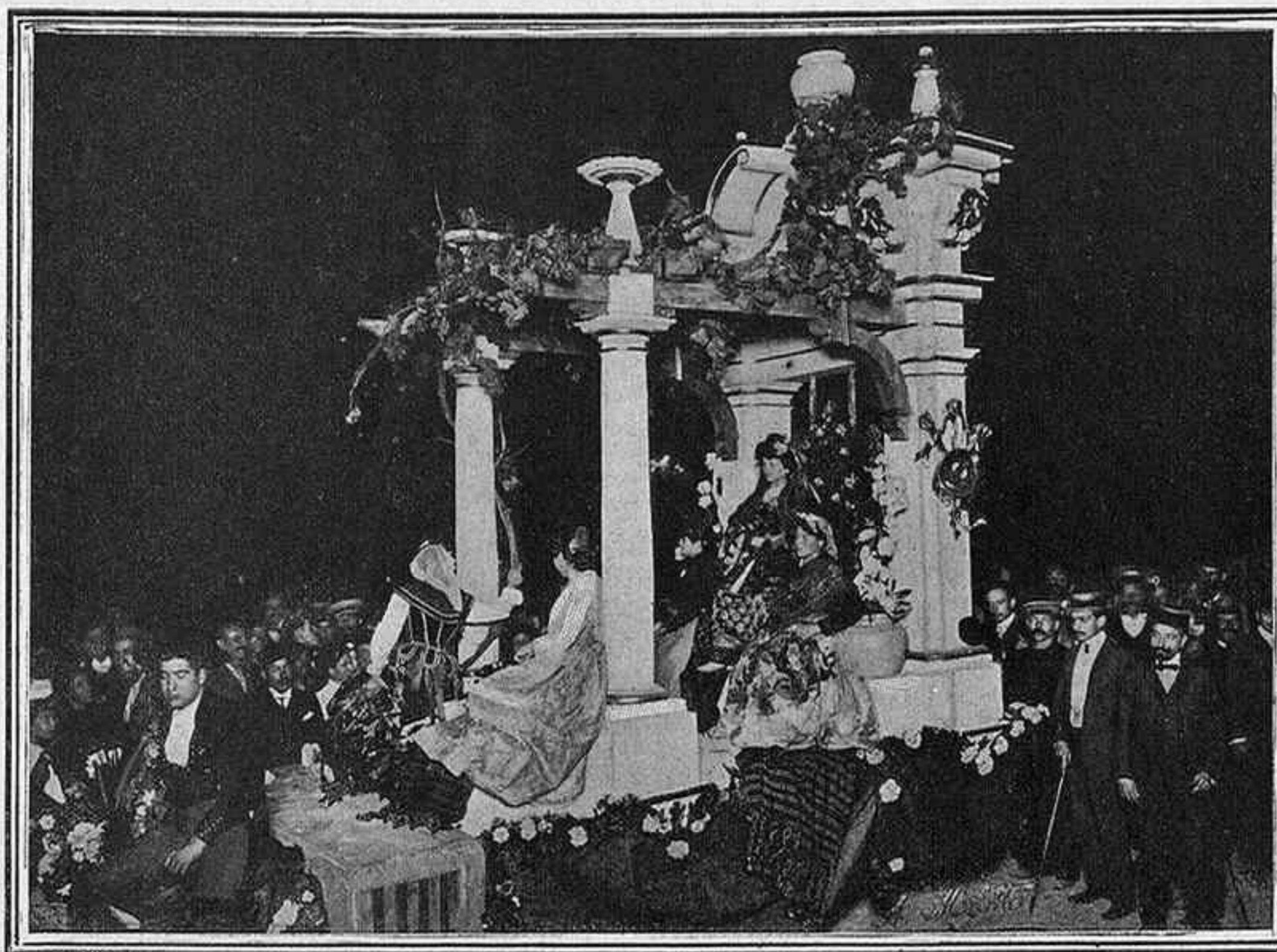
La fiesta marítima se compuso de regatas de embarcaciones de varias clases, cucañas, concursos de natación, etc.

El festival de las Arenas corrió á cargo de los coros de Clavé, que ejecutaron las más notables obras del popular compositor.

Aunque de género distinto, es digna también de ser citada la ceremonia de la colocación de la primera piedra para las dos alas que se han de construir en el Museo de Artes Decorativas, destinadas á secciones de Pintura y Escultura modernas: á ella asistieron el Ayuntamiento y representantes de varias corporaciones. Antes de esta ceremonia se procedió á la inauguración de la sala del Palacio de Bellas Artes destinada á las obras del celebrado pintor Baldomero Galofre, y á la de las secciones de Numismática y Metalisteria del antes citado museo.

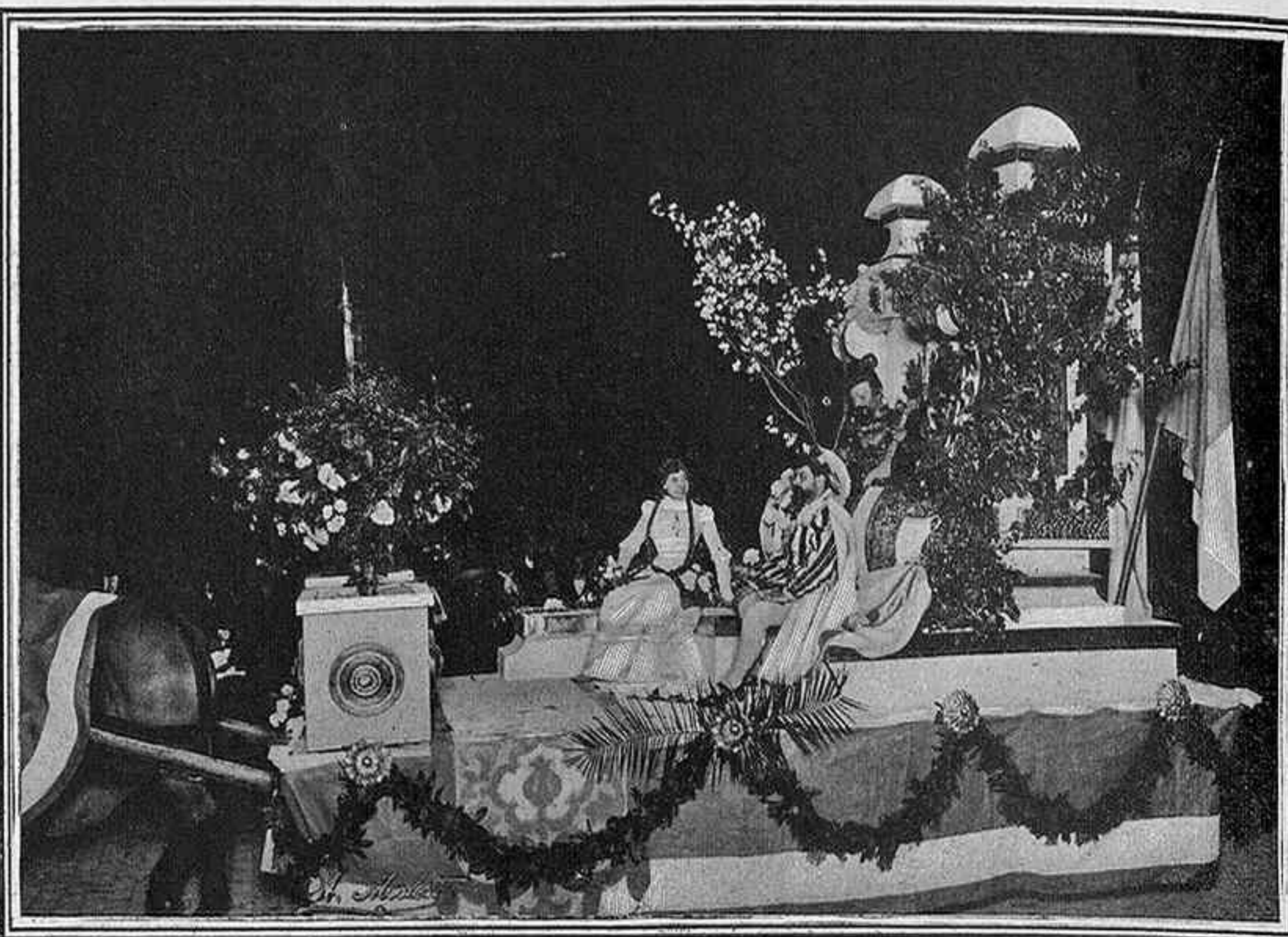
Completaron el programa de las fiestas el festival infantil y el concurso de automóviles adornados que se celebraron en el Parque, multitud de espectáculos organizados en los diferentes mercados de esta ciudad, disparo de castillos de fuegos artificiales, etc.

En cuanto al adorno de las calles, únicamente las Ramblas y la calle de Fernando ostentaron iluminaciones: las primeras resultaban muy pobres; en cambio, la segunda producía un efecto magnífico. También se adornó la plaza de Cataluña.—S.



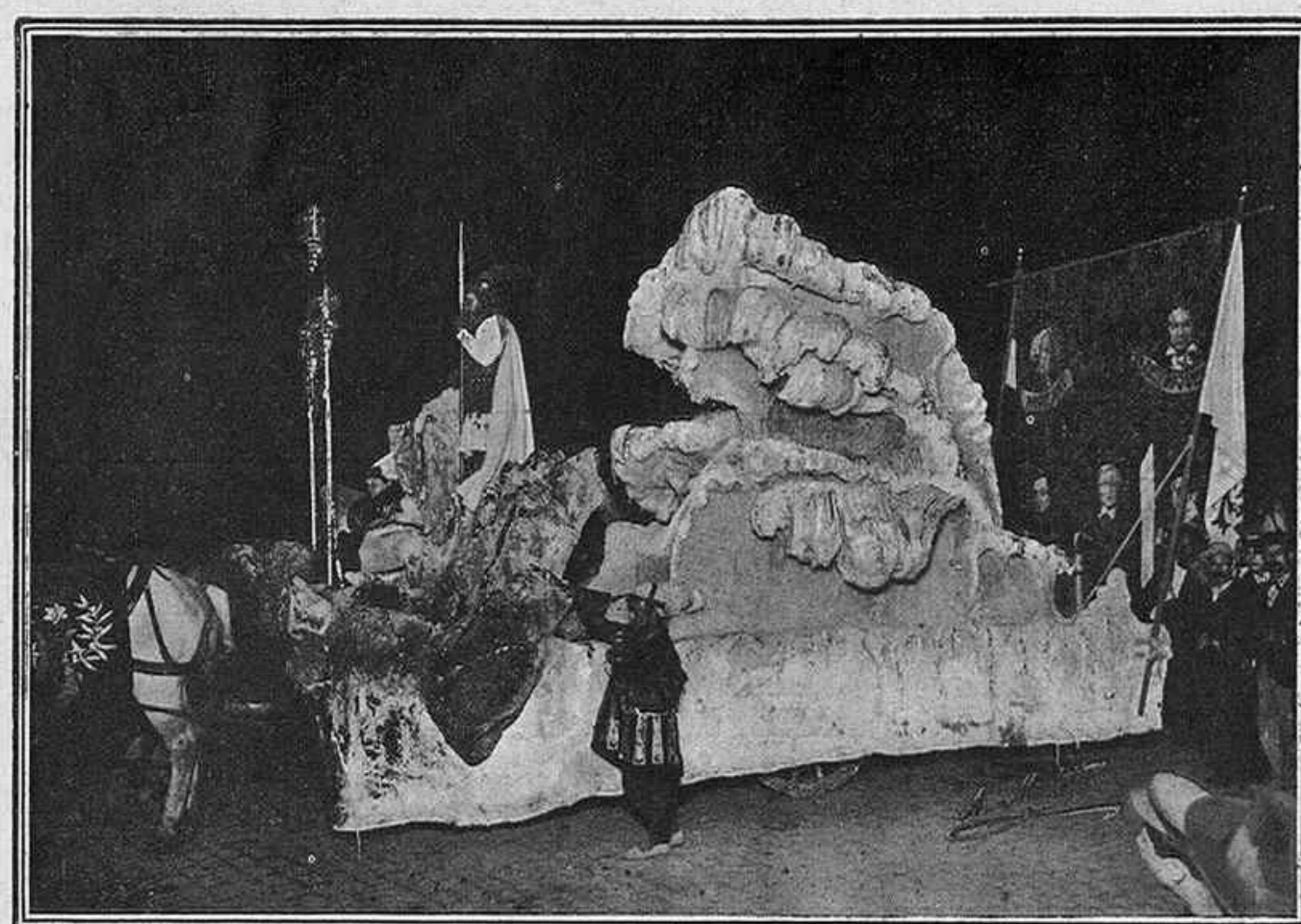
CARROZA DE LA MÚSICA ESPAÑOLA

Personajes de varias óperas y zarzuelas españolas. Instrumentos genuinamente españoles



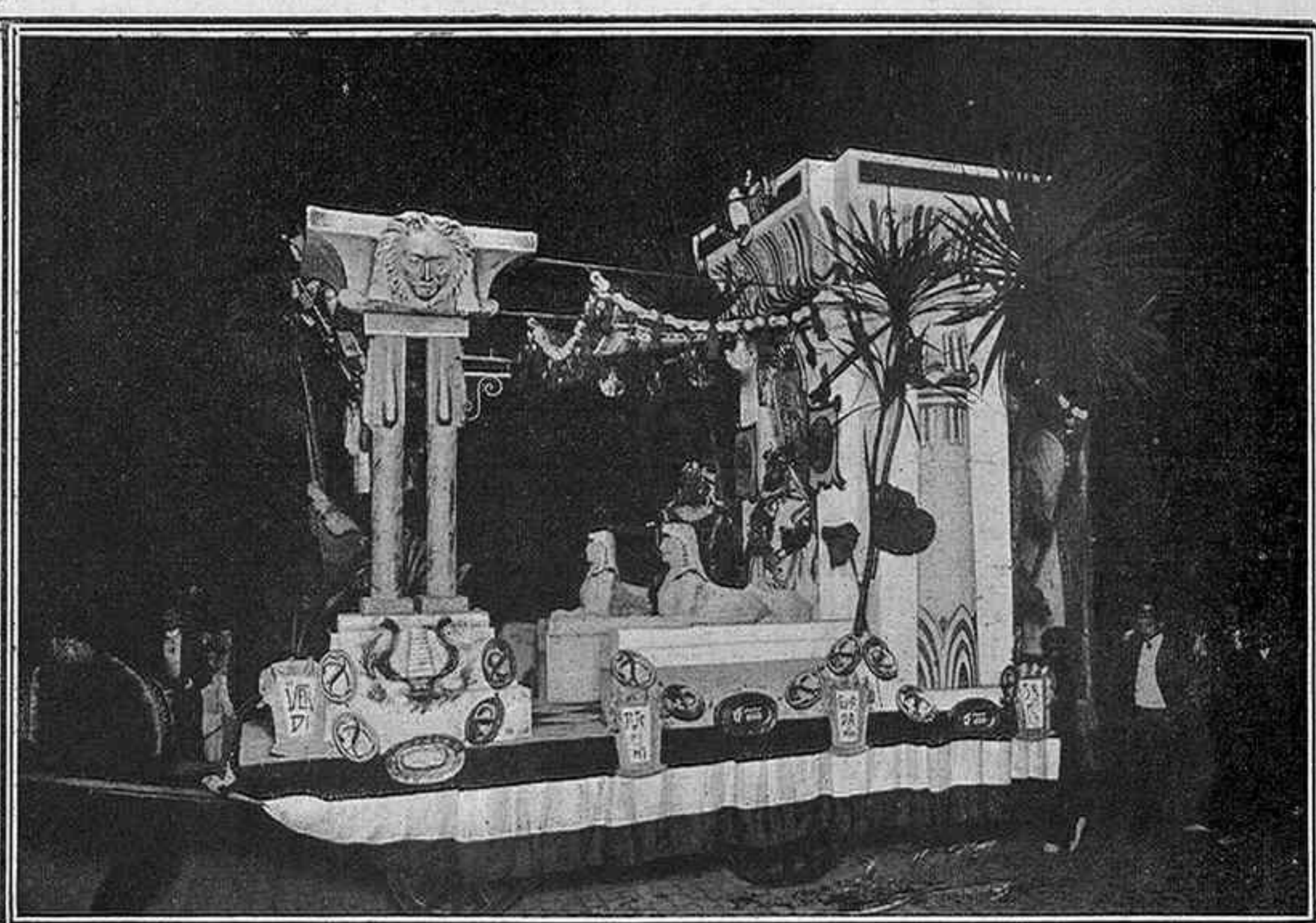
CARROZA DE LA MÚSICA FRANCESA

Busto de Gounod y reproducción de una escena de la ópera «Fausto»



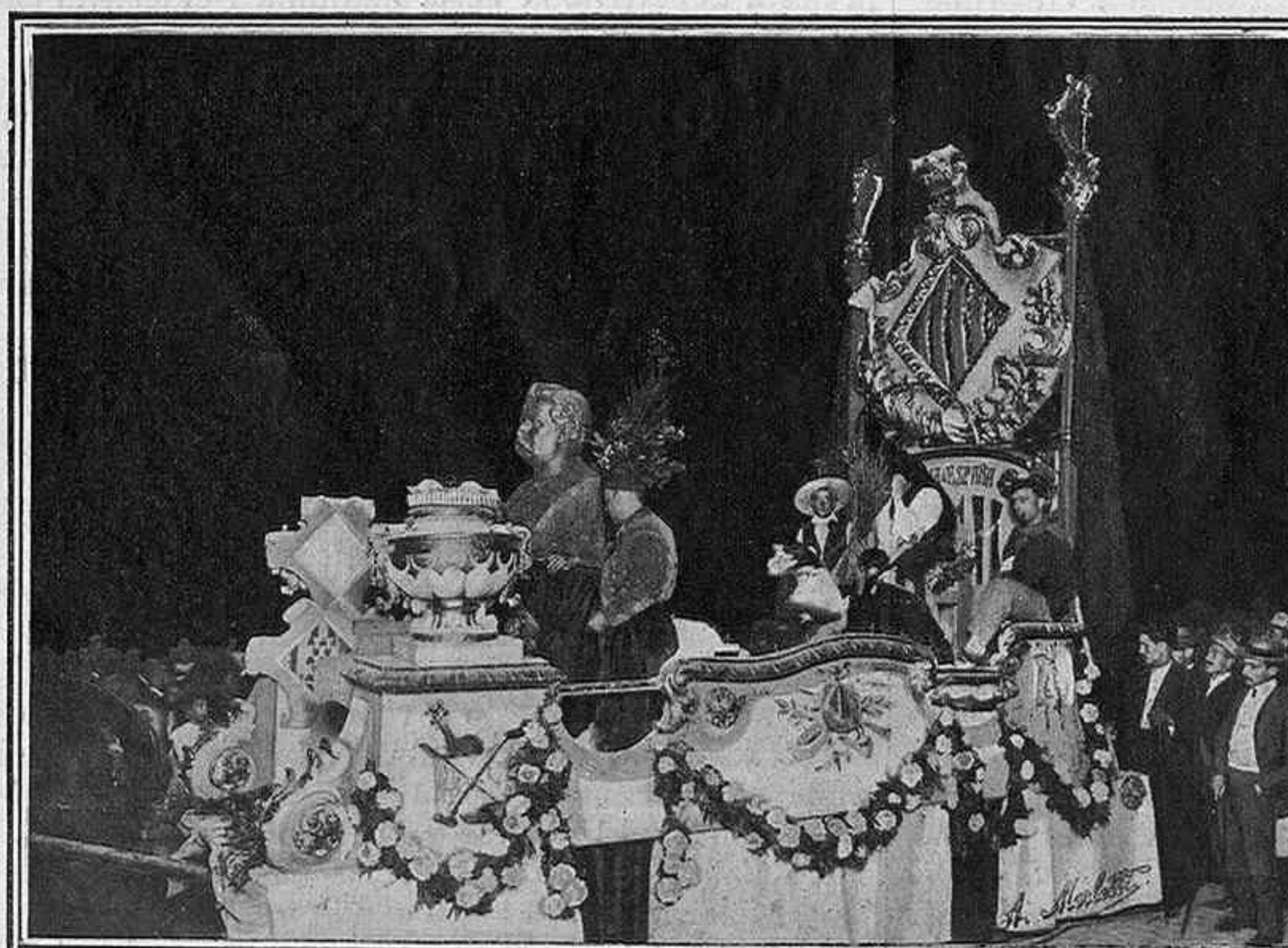
CARROZA DE LA MÚSICA ALEMANA

Grupo en primer término de Wotán y Brunhilda y en el fondo las ondinas del Rhin, de «El anillo del Niebelungo,» de Wagner



CARROZA DE LA MÚSICA ITALIANA

Medallones con los bustos de Rossini, Bellini y Verdi. Decoración y personajes de la ópera «Aída,» de Verdi



CARROZA DE LA MÚSICA CATALANA

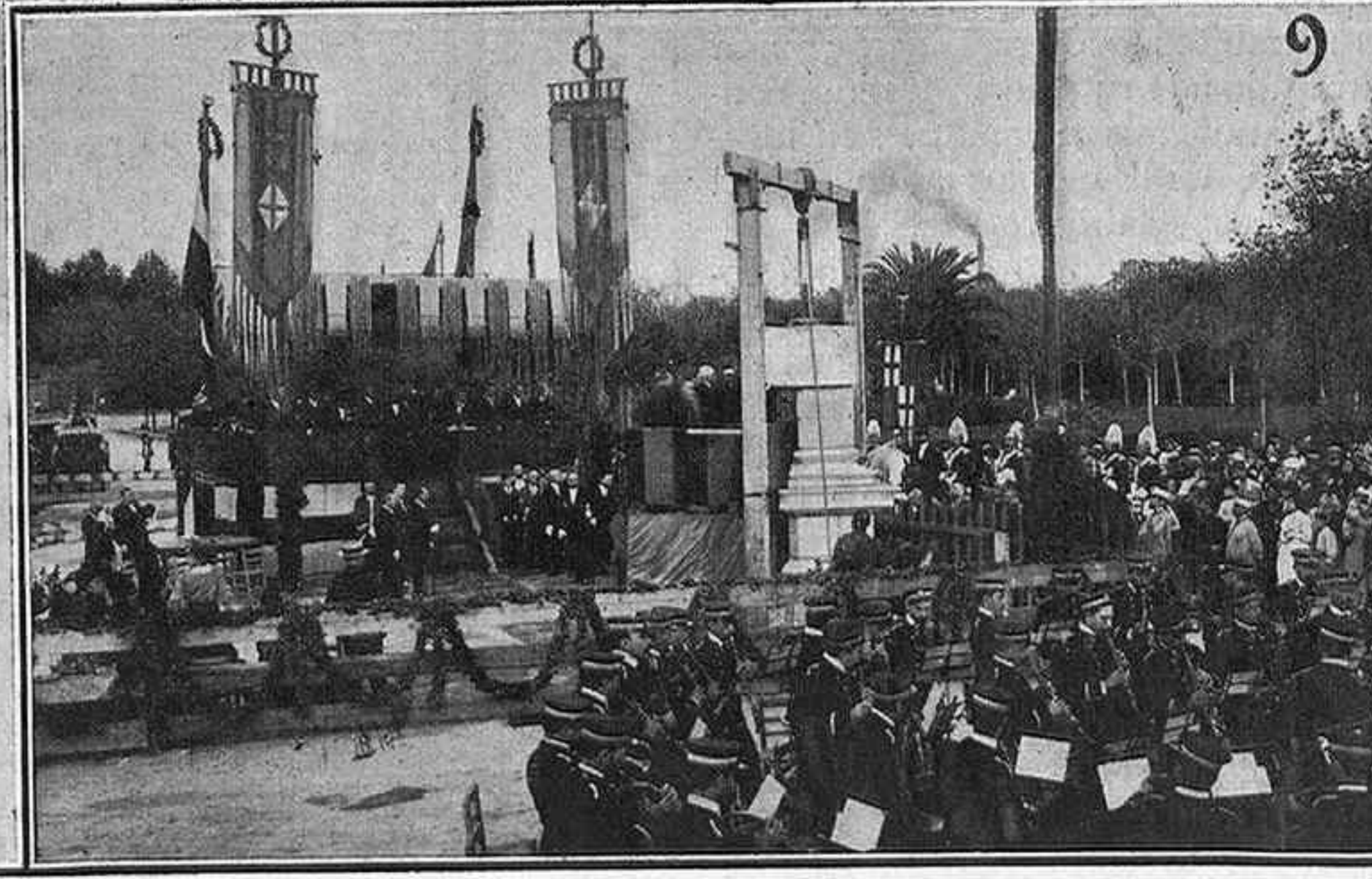
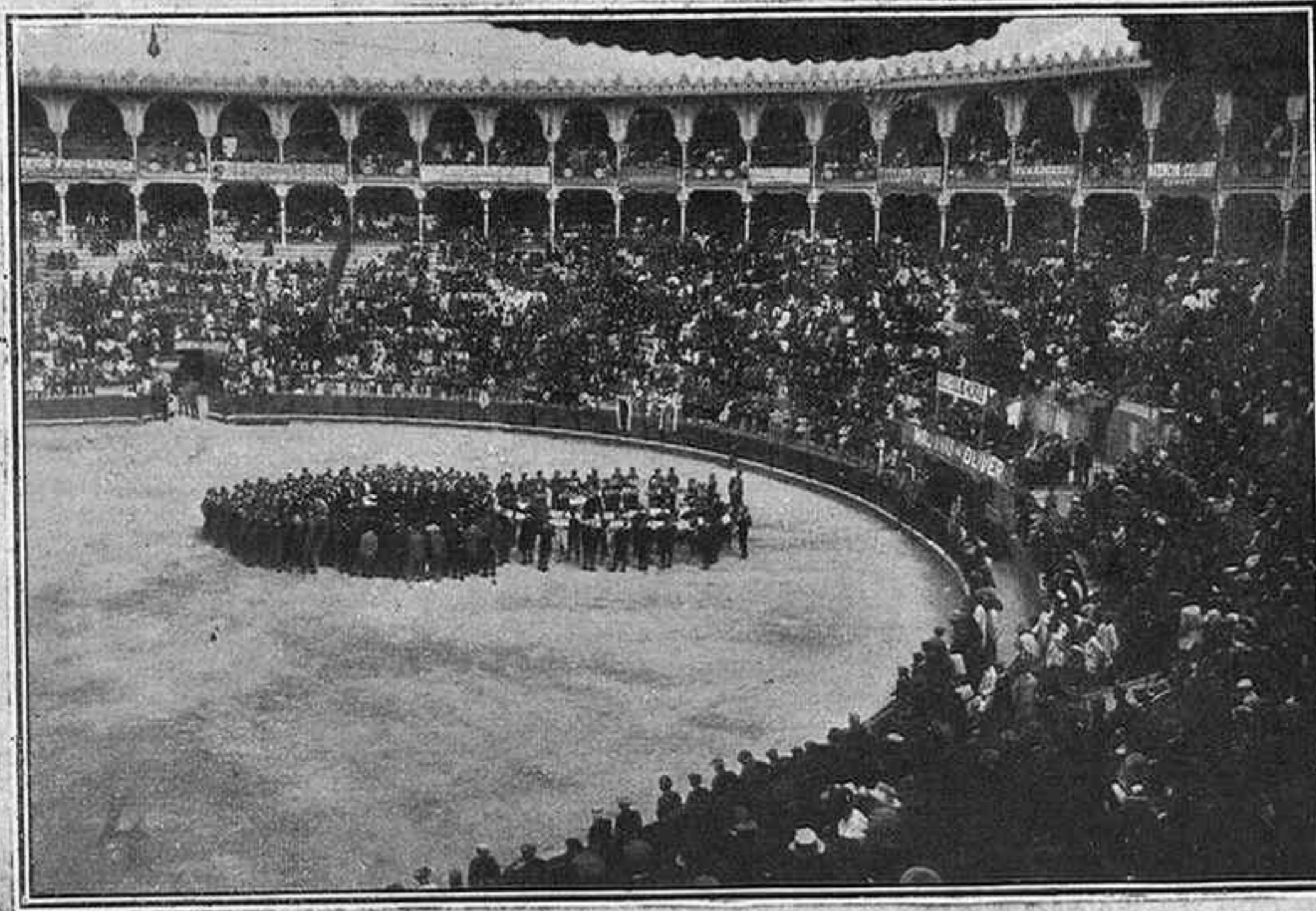
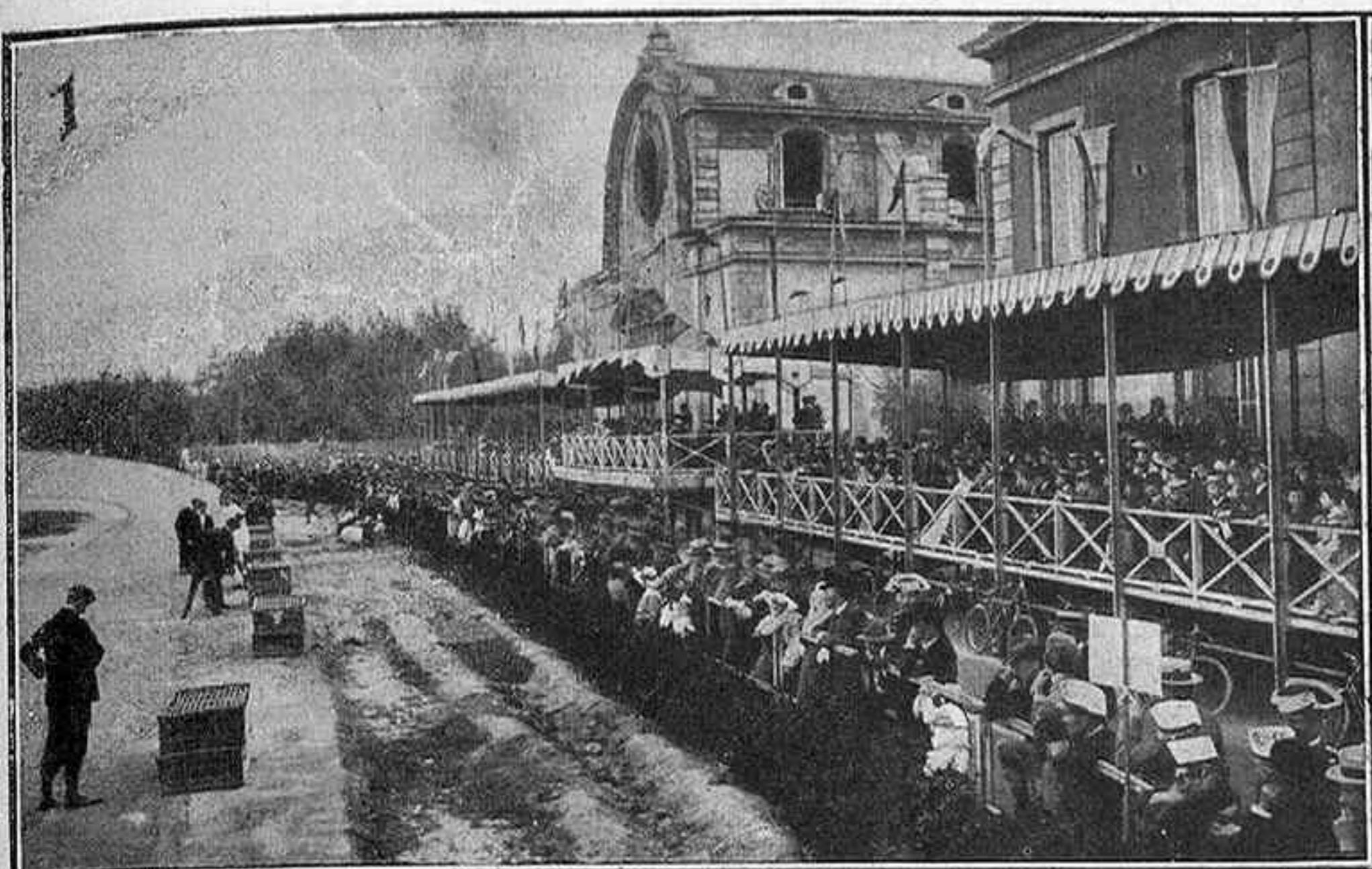
En el centro el busto de Clavé. Varios personajes que simbolizan las principales producciones de este compositor



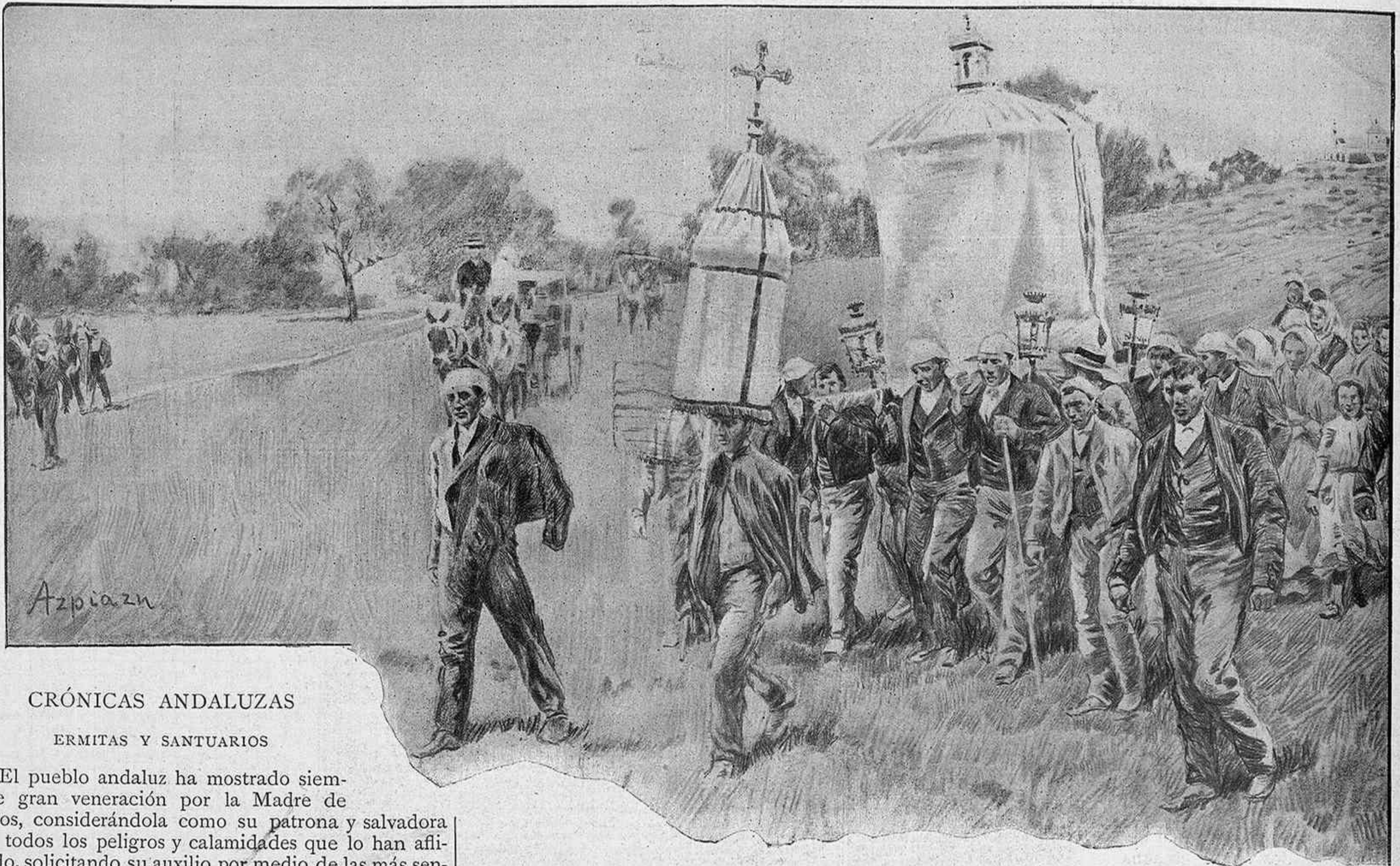
GRAN CARROZA ALEGÓRICA

El dios Apolo coronando á la Música. Atributos é instrumentos musicales. Medallones con los retratos de los más ilustres compositores

BARCELONA.—FIESTAS DE LA MERCED. CABALGATA DE LA MÚSICA. (Fotografías de A. Merletti)



BARCELONA. - FIESTAS DE LA MERCED. - 1. Fiesta deportiva en el Parque. - 2. La plaza de Cataluña. - 3. Pabellón del Ayuntamiento en la fiesta del Coso blanco. - 4. Gran festival popular en las Arenas de Barcelona. Los coros de Clavé. - 5. Góndola que obtuvo el gran premio en el Coso blanco. - 6. Cacatúa que obtuvo el premio de honor en el Coso blanco. - 7. Carroza del Ayuntamiento en el Coso blanco (fuera de concurso). - 8. Regatas en el Puerto. - 9. Colocación de la primera piedra de los cuerpos de edificios destinados á Museo de Pintura y Escultura modernas. (Fotografías de A. Merletti, y de la fotografía «Hispania.»)



CRÓNICAS ANDALUZAS

ERMITAS Y SANTUARIOS

El pueblo andaluz ha mostrado siempre gran veneración por la Madre de Dios, considerándola como su patrona y salvadora en todos los peligros y calamidades que lo han afligido, solicitando su auxilio por medio de las más sentidas y fervorosas demostraciones de religioso afecto. Esta tradición, que puede asegurarse arranca desde los días inmediatos a la reconquista de su suelo por Fernando III, permanece aún viva y se manifiesta por las numerosas romerías, que ó bien se celebran anualmente, ó tienen lugar en las ocasiones tristes de epidemia, sequías, etc., realizándolas entonces para implorar la protección divina, á la cual se confían y de la cual sólo esperan la deseada salvación.

Raro es el pueblo de alguna significación, por tanto, que no se enorgullece de poseer una ermita ó santuario, en el cual rinde culto á la Virgen María bajo diversas advocaciones, algunas de las cuales, como la de Nuestra Señora de Valme, hállase íntimamente relacionada con la historia del cerco de esta ciudad por el Monarca Santo. Recorriendo, pues, las provincias de Sevilla, Córdoba y Huelva, hallaremos santuarios muy celebrados, algunos de los cuales, como el de la Virgen de Guía en el pueblecito de Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, ofrece en su traza el aspecto de un *marabuto* ó *morabito* que sirvió de albergue antes de la reconquista á algún santón musulmán.

De igual modo que nuestras más antiguas iglesias parroquiales ofrecen caracteres indudables de haber sido en su origen mezquitas, que fueron aprovechadas por los cristianos para templos, también á los referidos morabitos tocó igual suerte; y una vez purificados de su primer destino, convirtieronlos nuestros progenitores en lugares sagrados, dedicándolos al culto del santo de su especial devoción.

El fervor religioso, no satisfecho á veces con las pequeñas proporciones que en un principio tuvieron aquellos santuarios, hubo de reedificarlos con verdadera suntuosidad, como acontece con el celebrado de la Virgen de Consolación de Utrera, el cual es un verdadero templo, capaz de contener los miles de romeros que desde Sevilla y desde todos los pueblos acuden en demanda de protección á la milagrosa imagen en él venerada.

Enojosa sería la relación de las ermitas y santuarios que existen tan sólo en esta provincia; por lo tanto vamos á concretarnos en estos renglones á dar una idea siquiera del famoso y celebrado de la Virgen de Setefilla, por ser uno de los más antiguos y concurridos.

Hállase situado á dos leguas de la villa de Lora del Río, una de las más ricas por su producción agrícola, especialmente la olivarera, residencia de familias muy principales y acaudaladas, y su situación

topográfica es en extremo pintoresca, pues apenas se sale del pueblo péntrase en la sierra, cuyo aspecto varía por momentos, ofreciendo, ora las perspectivas más risueñas y pintorescas, ora las más abruptas y salvajes. Valles tapizados de verde hierba, que esmaltan innumerables florecillas; altos montes, entre cuyas palmas, romeros y tomillos pastan y triscan ovejas, cabras y pintados corderos; cañadas en que crecen á su sabor las silvestres parras y las zarzamoras; arroyuelos que se deslizan en el limpiísimo lecho de menudas arenas; gigantescas adelfas y laureles; seculares encinas y chaparros; campos sembrados de trigo, entre los que se columpian las amapolas...; he aquí, lector, una parte del camino de la ermita; de otra, peñascales y breñas entre los que sólo crecen las jaras y las silvestres palmas; más allá, la honda cañada en cuyo fondo deslízase el arroyo Guadalquivir, y atravesado éste, subiendo retorcida senda, llegaremos á la Cruz del Humilladero, desde donde se goza la vista con la contemplación de un admirable panorama. Infinidad de pueblecitos con sus blanquísimos caseríos vense situados á una y á otra banda del Guadalquivir, que corre por entre un inmenso tapiz de verdura, festoneado por los cañaverales, las adelfas de color de rosa y los flexibles tarajes y mim-

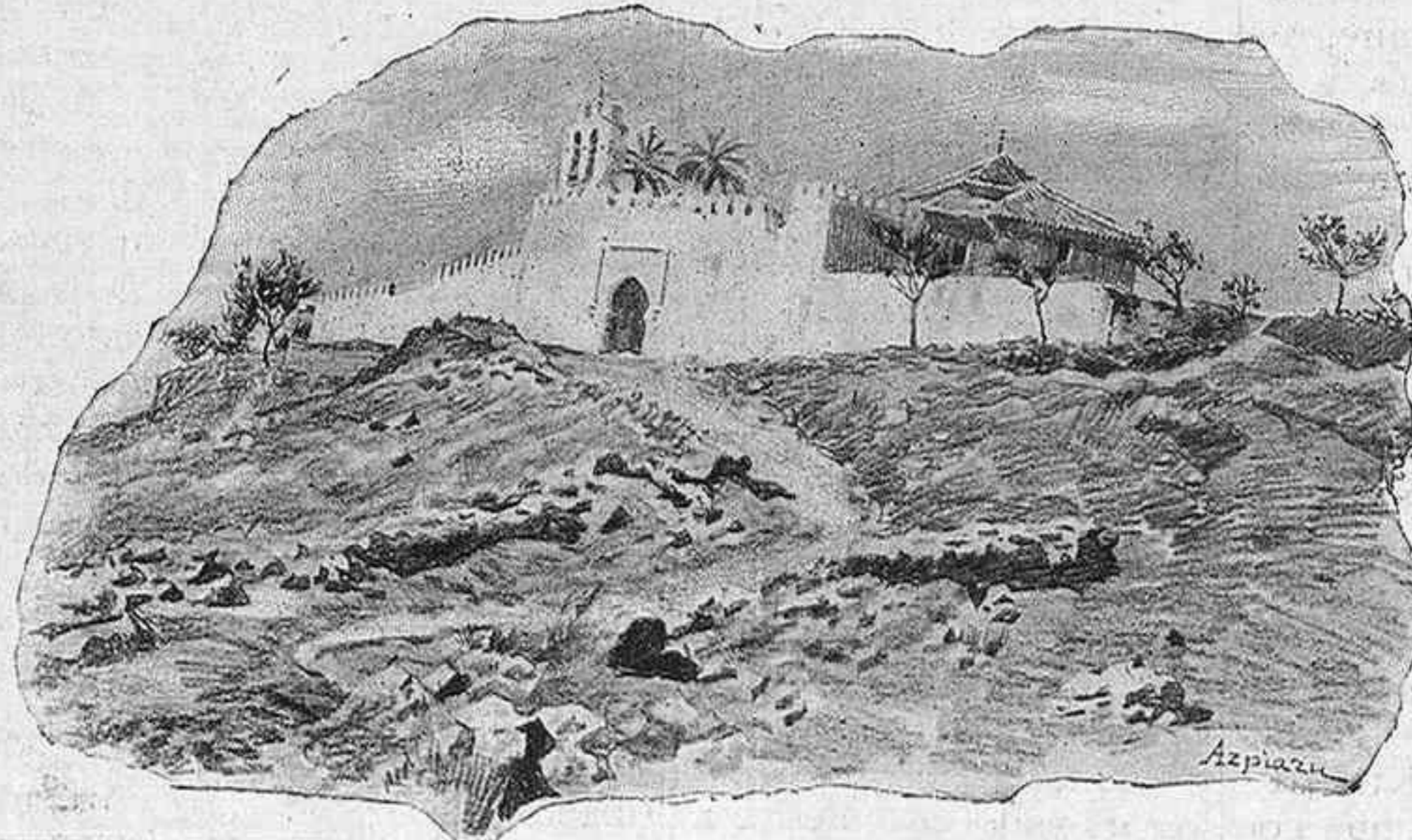
montes y cañadas y campiñas, cuanto la vista abarca en un horizonte dilatado, por todas partes se admiran las galas de la Naturaleza en todo su esplendor. Siguiendo el camino abierto entre el Santuario de Setefilla y su castillo, mitad árabe, mitad cristiano, notaremos los restos que aún quedan de antiguas poblaciones, las caprichosas figuras con que las estalactitas y estalagmitas han decorado las grutas que se encuentran en este lugar; la amenidad y belleza de los mil pintorescos parajes que de nuevo se nos ofrecen, animados por las cristalinas aguas que ora en forma de arroyuelos ó de cascadas se precipitan saltando de peña en peña; y sin dejar de asomarnos al misterioso *Charco del Infierno*, que según los campesinos está en comunicación con el mismo antro de Satanás, volviendo por nuestros pasos penetraremos en el Santuario, cuya fábrica arquitectónica ofrece alguna curiosidad para el arqueólogo por los vestigios que aún conserva del estilo mudéjar del siglo xv, especialmente en su portadita de ladrillo.

En cuanto á la efigie de Nuestra Señora de Setefilla, atribúyese la piedad el origen que á casi todos los divinos simulacros de la Virgen con antiguas advocaciones. También fué obra visigoda, y escondida por los cristianos fugitivos de nuestros invasores, andando el tiempo, una vez efectuada la reconquista, aparecióse ó fué hallada en la cavidad de una peña ó de un árbol por algún sencillo labriego.

Con ligeras variantes, pero coincidiendo todas las narraciones en el fondo, podría deducirse de aquéllas que poseemos en España una singular riqueza desconocida hasta en el mismo Oriente de imágenes visigóticas, con lo cual si la piedad se satisface no se contenta la crítica católica severa y razonada.

El número de exvotos acumulados por la devoción en el camarín de la Virgen es sorprendente, y entre ellos algunos de tal candor é ingenuidad, que merecerían ser conservados.

En los tristes días en que el pueblo de Lora ha experimentado las calamidades de falta ó exceso de lluvias ó de epidemias, siempre la Sagrada Imagen ha sido conducida al pueblo, y colocada en su Iglesia parroquial, se le han celebrado suntuosas funciones por el Ayuntamiento y gremios, por los hacendados y por las viudas y doncellas. Pero vengamos ahora á dar cuenta de la forma en que se verifican dichas traslaciones, que son peculiares del pueblo de Lora.



Santuario de la Virgen de la Cuesta

bres. De un lado álzanse las empinadas crestas de los montes, coronadas algunas por las informes masas de las que fueron durante la Edad Media atalayas ó torres, en cuyas cimas encendíanse las hogueras que anunciaban la presencia en los campos castellanos de las algaradas de nuestros enemigos; y

conducida al pueblo, y colocada en su Iglesia parroquial, se le han celebrado suntuosas funciones por el Ayuntamiento y gremios, por los hacendados y por las viudas y doncellas. Pero vengamos ahora á dar cuenta de la forma en que se verifican dichas traslaciones, que son peculiares del pueblo de Lora.

La iniciativa para verificar la ceremonia religiosa es siempre del pueblo mismo, el cual, cuando teme ver perdidas sus cosechas ó cuando el contagio diezma la población, acude presuroso á disponerla, y mientras unos tañen la campana de la ermita de Santa Ana, que da la señal, fórmanse grupos que disparan sin cesar sus escopetas, y unidos buscan al más anciano del lugar, danle asiento en un sillón y dirígenle con él á las Casas Capitulares, donde aquél solicita de las autoridades y en nombre del pueblo la realización de los deseos de todos. Si aquéllas consideran que no ha llegado el momento oportuno, procuran apaciguar los ánimos disponiendo rogativas, pero si están conformes ordenan que se anuncie la romería con el toque de las campanas de la iglesia mayor, fijando el día y hora de la traslación. Llegado éste, todos, hombres y mujeres, mozos y viejos, niños y mancebos, marchan al santuario, y al mover á la Virgen, colocada en sus andas de plata, los vitores y aclamaciones atruenan el espacio y sus ecos repercuten en las bóvedas, poniéndose en marcha la comitiva entre los cánticos del pueblo por el escabroso camino abierto en las peñas.

El templete que cobija á Nuestra Señora la oculta por los cortinajes de seda que la rodean, no sólo para que no sufra detrimento la sagrada efigie, sino para dar lugar á muy sentida ceremonia.

La distancia que media entre la ermita y el pueblo es próximamente de dos leguas, y no hay noticia de que, ya al principio, ya al medio del camino, no hayan obtenido los romeros el favor del cielo viendo descender el agua tan codiciada, y es tal la confianza de todos, que al dirigirse al santuario van provistos los hombres de sus capas y las mujeres con sus mantos para defenderse de la lluvia. Cuando ésta comienza á caer, es indescriptible el cuadro que se ofrece: las explosiones del entusiasmo más férvido, las lágrimas de reconocimiento que brotan de todos los ojos, el incesante disparo de las escopetas y cohetes, los cánticos religiosos, los sonidos de las músicas, y en una palabra, los transportes de alegría de la multitud, retrátanse en todos los semblantes, arrancados del corazón. Otro espectáculo semejante es el que tiene lugar una vez llegada la romería al sitio, ya cercano al pueblo, que llaman el Albadalejo, pues en él la sagrada efigie, que, como hemos dicho, ha llegado hasta aquel paraje cubierta por las cortinas de seda que rodean el templete, muéstrase á la multitud. En el momento en que se descorren los velos y aparece la imagen, prodúcese una conmoción general. Todos se apiñan en torno de las andas, todos dan al aire estentóreos vivas, agitan sus sombreros en el aire, reproducense los disparos de escopetas y cohetes, y las muestras de agradecimiento por el favor recibido tradúcese en mil diversas formas que la pluma no acierta á describir.

Así, triunfalmente, es recibida en Lora la Virgen de Setefilla por las autoridades y llevada al templo, donde el pueblo continúa mostrándole los afectos de su entusiasta devoción hasta el día en que es devuelta á su santuario.

(Dibujos de Azpiazu.)

J. GESTOSO Y PÉREZ.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Con fecha 2 de los corrientes el general Kuropatkin dirigió á sus tropas una orden del día que por su excepcional importancia y por la influencia que ha de tener en el curso ulterior de la guerra merece ser reproducida en sus párrafos principales.

Después de afirmar que Rusia fué atacada hace siete meses por sorpresa y á traición por los japoneses y de encomiar el heroísmo con que se han batido los rusos, expone las dificultades con que han tenido que luchar y el tiempo que han necesitado

para el transporte de las tropas y del material necesario para la campaña, hasta conseguir que el ejército estuviera en condiciones numéricas de poder realizar la tarea ardua, pero peligrosa, á que está destinado. «Y precisamente por esto—dice,—á pesar de haber rechazado muchas veces los ataques de los japoneses contra nuestras posiciones de Ta-Chi-Kiao, Lan-Dian-Sian y Liao-Yang, no he creído, después de estos éxitos, procedente el avance y ordené la retirada.» Explica luego las difícilísimas condiciones en que las tropas han tenido que retirarse y el heroísmo y la disciplina con que han efectuado todos estos

»Debéis, no obstante, convenceros, y no olvidar lo, de que para triunfar de adversarios fuertes y valientes, no basta el número, sino que es preciso además que todos, desde el simple soldado hasta los jefes de mayor categoría, han de estar animados de la firme resolución de lograr la victoria, que exigirá aún muchos sacrificios.

»Penetraos bien de la importancia de esta victoria para Rusia; pensad sobre todo en cuán indispensable es vencer para liberrar á nuestros hermanos encerrados en Puerto Arthur, que desde hace siete meses conservan heroicamente la plaza confiada á su defensa.

«Nuestro ejército, con la fuerza que le da su unión con el tsar y con Rusia entera, ha realizado en todas nuestras guerras acciones heroicas para la patria, logrando en todos los pueblos merecido renombre. Pensad siempre que el tsar os ha confiado la defensa de la dignidad de Rusia; tened presente que á vosotros corresponde la defensa del honor y el renombre de todo el ejército ruso. El agosto soberano de nuestra patria, y con él Rusia entera, piden que realicemos esta tarea sin vacilar y con decisión firme de cumplir nuestro deber hasta el fin, sin economizar nuestras vidas. ¡Dios sea con todos nosotros!»

La guerra ha entrado, pues, en una nueva fase, y los últimos telegramas publicados en el momento en que escribimos esta crónica dan cuenta de haber iniciado ya el ejército ruso su movimiento de avance, obligando al enemigo á replegarse hacia el Sur, y de estarse librando una encarnizada batalla al Norte de la estación de Yantai, última de las posiciones ocupadas por los japoneses, sin que hasta ahora se tengan detalles de esta acción, que seguramente será de grandísima importancia.

Esta nos parece ocasión oportuna para echar una ojeada retrospectiva que sea como un resumen de los principales sucesos hasta el presente desarrollados en la Mandchuria.

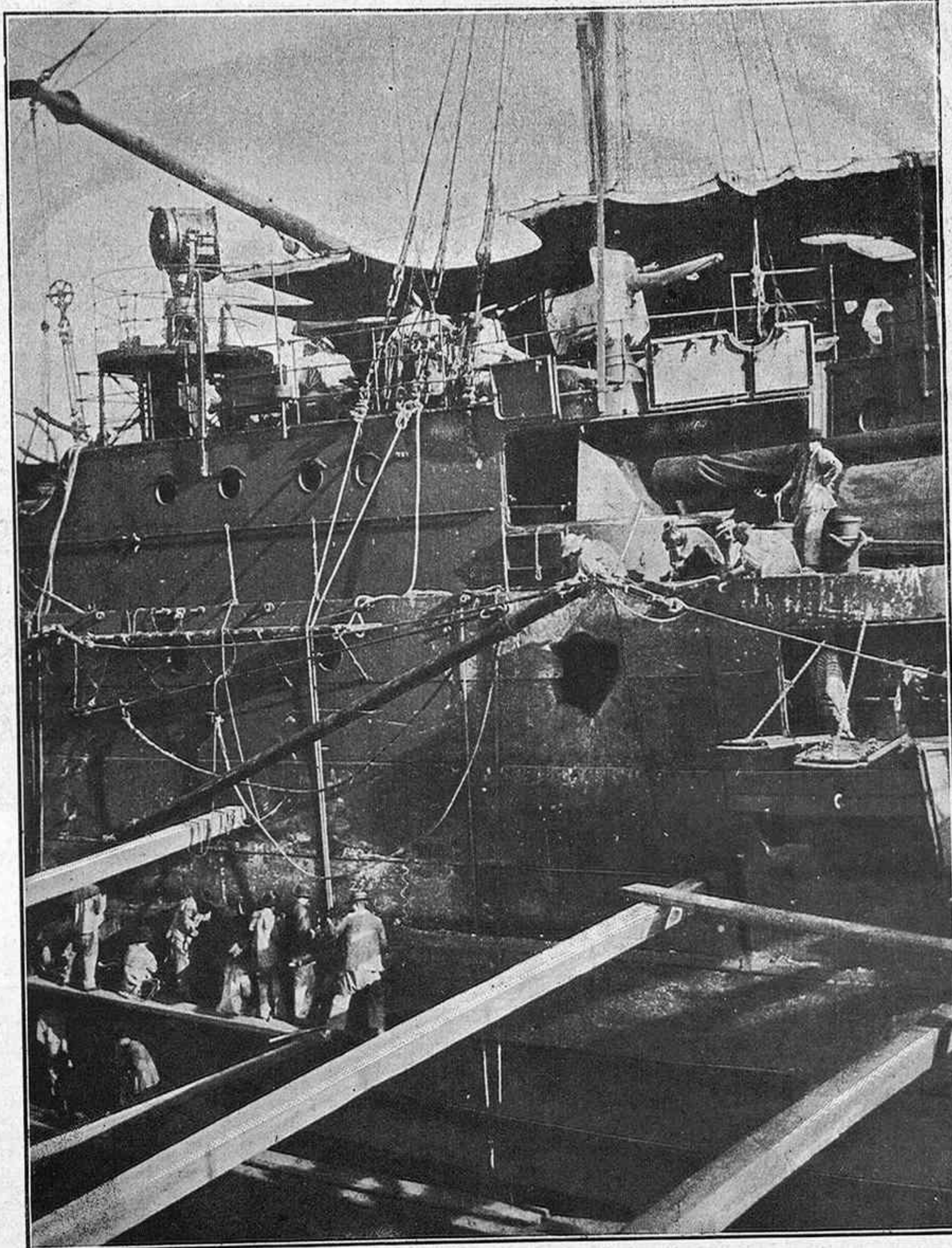
Rusia, que nunca había creído en la guerra, hallábase, al comenzar ésta, tan desprevenida, que sólo tenía en el Extremo Oriente 60.000 hombres que apenas bastaban para guarnecer las plazas fuertes y guardar las vías de comunicación; y aunque contaba en Siberia y en Europa con elementos sobrados con que formar gran número de unidades, para llevar todos estos refuerzos á la Mandchuria únicamente disponía de una vía férrea, bastante defectuosa y cortada en dos secciones por el lago Baikal. De modo que, á la larga, tenía la seguridad de vencer, pero á condición de que se le diera tiempo para ir enviando aquellos refuerzos y sobre todo de que no fuesen éstos comprometidos, á medida que llegaban, en una lucha desigual.

Así lo comprendió desde el primer momento Kuropatkin, y sin vacilar adoptó el único plan que podía salvar á Rusia, plan del que no se ha apartado ni un solo instante, á pesar de las recriminaciones y de la prensa de su país: su única preocupación ha sido retardar el avance de su adversario, causándole el mayor daño posible y sin comprometerse. Con razón ha dicho un ilustre crítico militar francés que cuando, pasado algún tiempo, se estudie esta campaña imparcialmente y al abrigo de todo prejuicio, se reconocerá que la maniobra del generalísimo ruso ha sido una de las más admirables de cuantas registran los anales militares de todos los pueblos.

Los japoneses, dueños del mar y por decirlo así al lado del teatro de la guerra, enviaron desde luego al continente todo su ejército, de suerte que á mediados de junio disponían en la Mandchuria de 200.000 hombres y 650 cañones, aparte del cuerpo encargado del sitio de Puerto Arthur.

Por aquel entonces, los rusos no tenían allí, como tropas de campaña, más que 90.000 hombres y 280 cañones, y con elementos tan inferiores á los de su adversario hubo de operar Kuropatkin en un país accidentado y sin caminos, y con un calor horrible.

»Hasta aquí, el enemigo, en sus operaciones, se ha apoyado en gruesos contingentes de tropas, nos rodeaba desplegando sus ejércitos y elegía á su voluntad la ocasión más favorable para atacarnos; pero ha sonado ya la hora por la que tanto suspiraba el ejército, ha llegado el momento de que tomemos la ofensiva y de que impongamos nuestra voluntad á los japoneses. Porque la fuerza del ejército de la Mandchuria es ya bastante grande para que emprendamos el ataque.



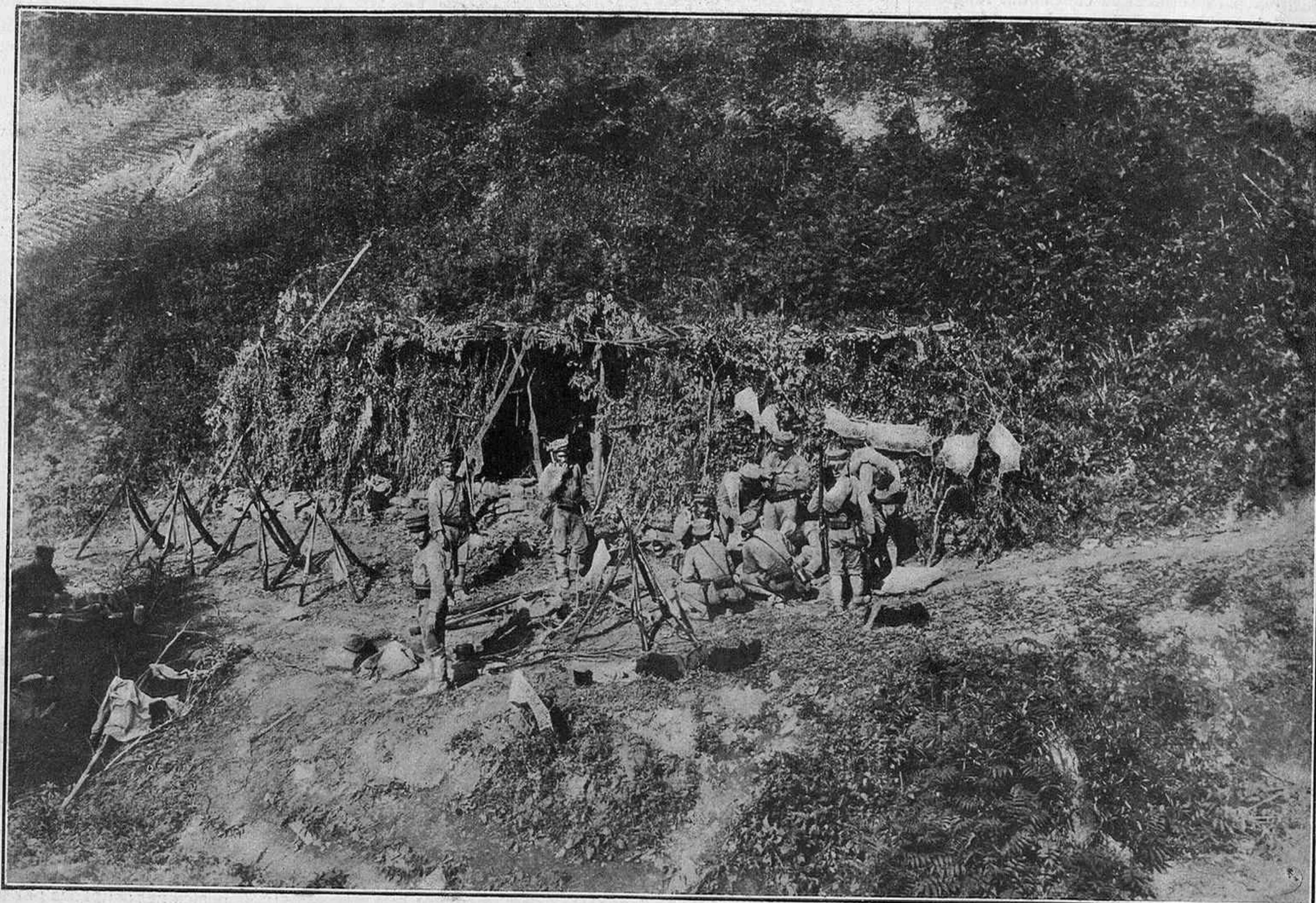
GUERRA RUSO-JAPONESA. — El acorazado Askold reparando sus averías en el puerto de Shanghai (de fotografía)

movimientos, y añade: «Dispuse la retirada con el corazón henchido de pena, pero con la firme convicción de que era necesaria para asegurar nuestra victoria completa y decisiva cuando llegase el momento oportuno.

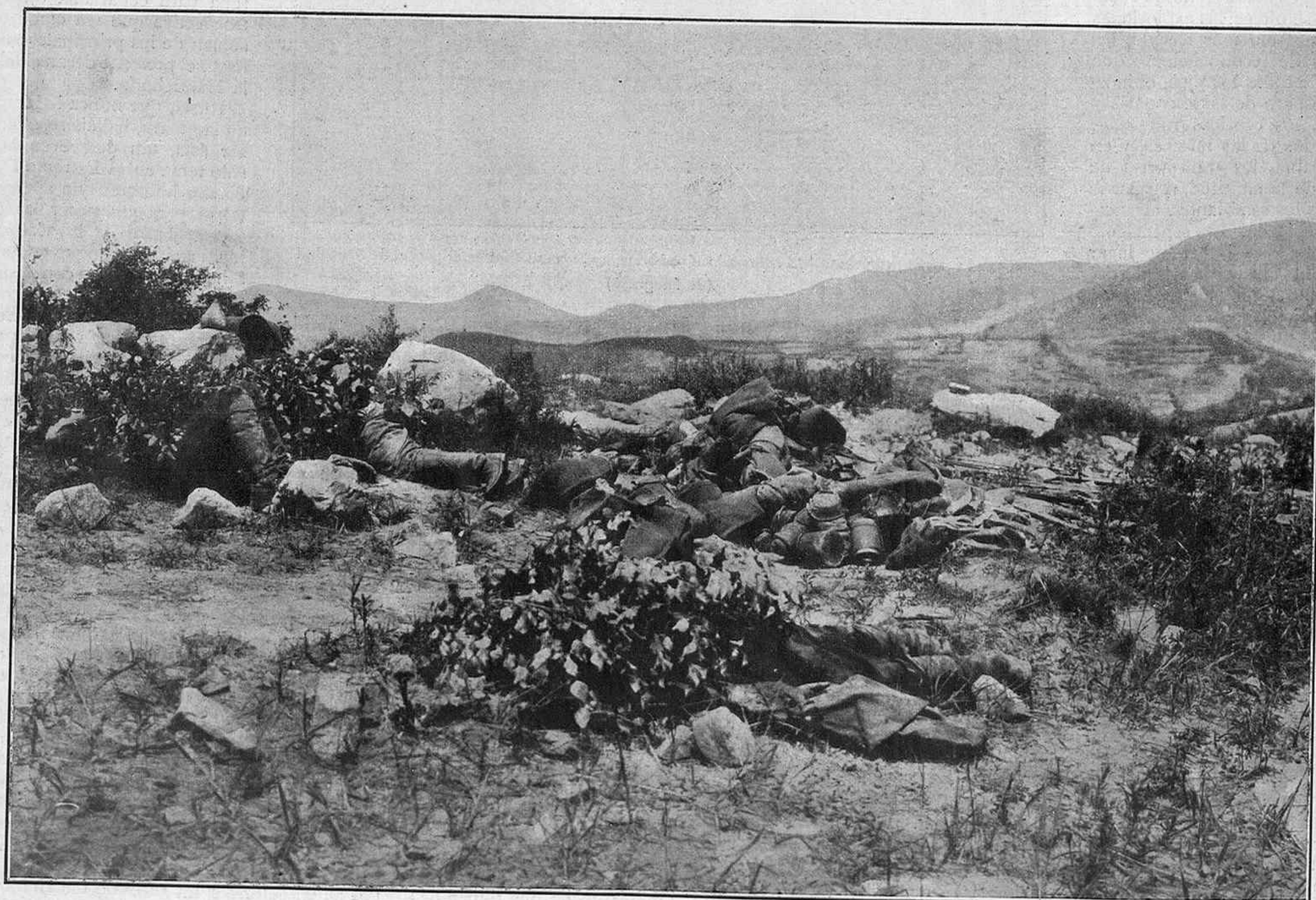
»El tsar ha destinado á la lucha contra el Japón importantes fuerzas militares, suficientes para asegurar la victoria; y todas las dificultades que existían para trasladar estas fuerzas á una distancia de 10.000 verstas han sido vencidas con abnegación y talento por rusos de todas las profesiones, de todas las categorías, de todas las clases, enviados con ellas al teatro de la guerra.

»La dificultad que existía era la necesidad, que jamás se había presentado, de trasladar centenares de miles de hombres, decenas de miles de caballos y millones de libras de material por la vía férrea, durante siete meses, de Rusia europea y Siberia á la Mandchuria. Si no bastan los regimientos enviados, se enviarán otros, porque la voluntad inflexible del tsar es derrotar al adversario, y nosotros ejecutaremos inflexiblemente esta voluntad.

»Hasta aquí, el enemigo, en sus operaciones, se ha apoyado en gruesos contingentes de tropas, nos rodeaba desplegando sus ejércitos y elegía á su voluntad la ocasión más favorable para atacarnos; pero ha sonado ya la hora por la que tanto suspiraba el ejército, ha llegado el momento de que tomemos la ofensiva y de que impongamos nuestra voluntad á los japoneses. Porque la fuerza del ejército de la Mandchuria es ya bastante grande para que emprendamos el ataque.



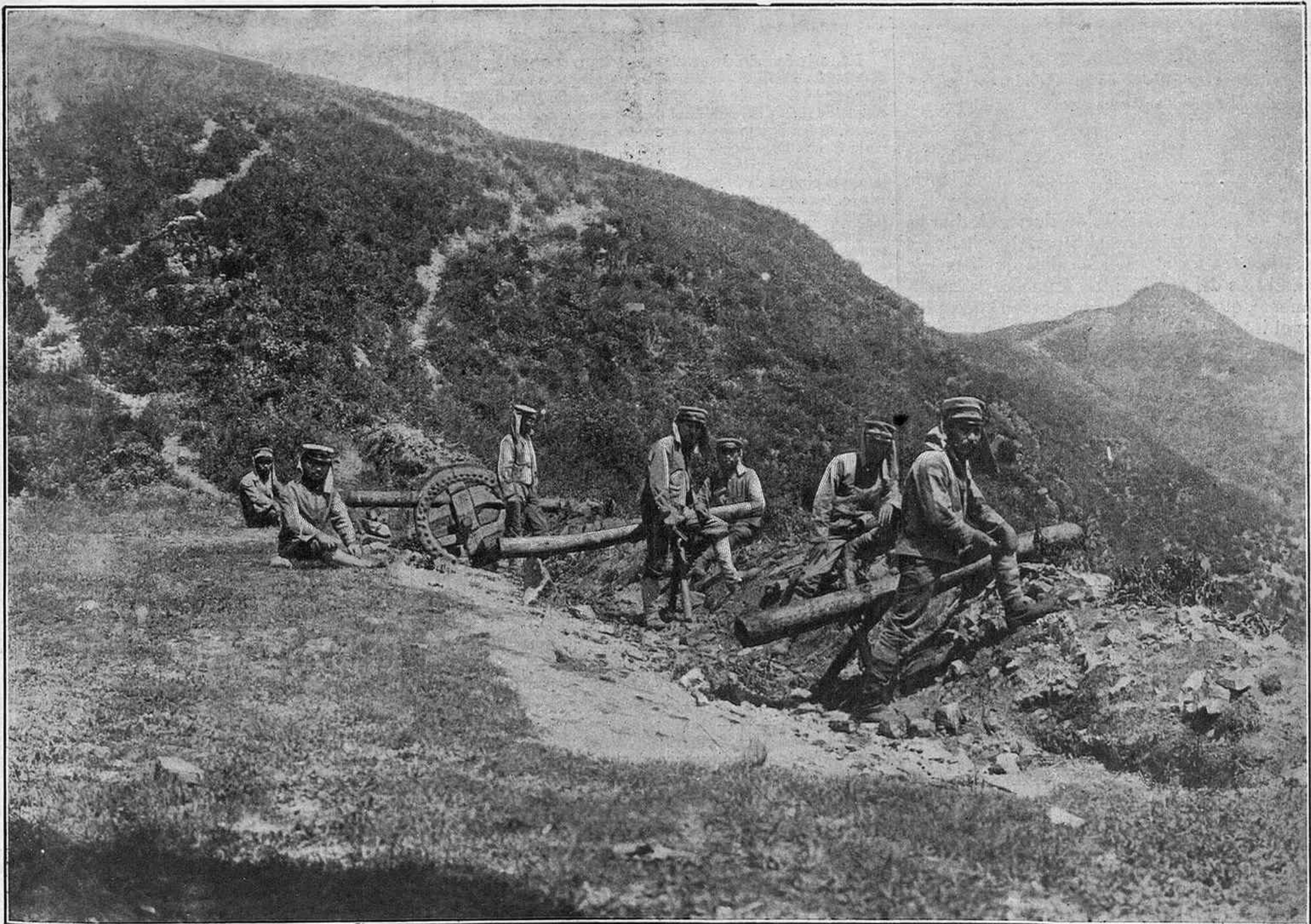
GUERRA RUSO-JAPONESA. - UN VIVAQUE JAPONÉS. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - CADÁVERES DE SOLDADOS RUSOS CUBIERTOS DE FOLLAJE. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - CUIDADOS PRODIGADOS POR LOS JAPONESES Á LOS HERIDOS. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - CAÑONES DE MADERA EMPLEADOS POR LOS JAPONESES PARA ENGAÑAR AL ENEMIGO. (De fotografía.)

Y sin embargo, el ejército ruso no perdió ni un momento su entusiasmo ni su vigor, y defendiendo palmo á palmo el terreno, fué replegándose hacia el Norte, señalando cada etapa una reñida batalla, y realizando aquellas retiradas admirables de Vafangü, Kaiping, Ta-Chi-Kiao, Hai-Cheng, An-Chan-Chuang y Liao-Yang.

En el entretanto, iban llegando poco á poco á la Mandchuria los refuerzos: todo lo que antes de la ruptura de hostilidades había sido imprevisión y descuido, fué después actividad enorme, de tal manera que por el ferrocarril transiberiano, por donde en febrero sólo podían circular tres trenes diarios en cada dirección, pasan actualmente trece.

Kuropatkine veía, pues, aumentar su ejército; á fines de agosto, sus fuerzas eran casi iguales á las de los japoneses; hoy son superiores. Gracias á su tenacidad ha conseguido el objeto que desde un principio persiguiera: al fin podrá dejar la actitud expectante á que hasta ahora se había visto condenado y podrá tomar la ofensiva; y aun cuando tendrá que luchar mucho todavía para ver realizada su ambición suprema, es evidente que los rusos han salido de su situación crítica y pueden ahora mirar el porvenir con mayor confianza.

Este cambio de la situación general favorable á los rusos es la justa recompensa del inmenso esfuer-



SIR GUILLERMO HARCOURT,
eminente estadista inglés fallecido en 1.º de los corrientes
en el castillo de Nunham, cerca de Oxford

zo realizado por Kuropatkine y sobre todo de las dos grandes cualidades que le adornan: la paciencia y la tenacidad.

Las últimas noticias oficiales de Puerto Arthur es un despacho oficial del general Stoessel fechado en 30 de septiembre, en el que sólo dice que después de los combates del 19 al 23, los japoneses avanzan gradualmente, que continúa el bombardeo contra los fuertes y el interior de la plaza, y que la guarnición, cuyo ánimo no decae ni un momento, hace frecuentes salidas.

Las noticias procedentes de Che-Fu afirman que en los días 4 y 5 los japoneses repitieron sus ataques por el lado Este, ocupando algunas posiciones, que recobraron los rusos en los días 5 y 6; y que el día 9 atacaron por el lado Noroeste, cerca del fuerte Itshan, siendo también rechazados. De Tokio comunican que el cañonero acorazado japonés *Hei-Yen*, de 2.000 toneladas, se fué á pique el 18 de septiembre último en aguas de Puerto Arthur, por haber chocado con una mina flotante, habiéndose salvado únicamente cuatro de los 300 hombres que componían su tripulación.

Varios telegramas recibidos por algunos periódicos dan á entender que los rusos tienen numerosos destacamentos de todas las armas en el Norte de Corea y que los japoneses han transportado allí algunas unidades tomadas del ejército territorial para oponerse á las incursiones de los cosacos.

En el Japón se han introducido, desde la ruptura de hostilidades, grandes economías en los servicios públicos á fin de poder hacer frente á los cuantiosos gastos de la guerra; mas ni estas economías ni el aumento de los impuestos deben ser ya bastantes, cuando el gobierno, por boca del conde Okuma, ha declarado que el año que viene será preciso contratar un empréstito de 500 millones de yens, ó sean 1.280 millones de francos.

La escuadra rusa del Báltico, compuesta de 42 buques de guerra, salió el día 11 de Reval con dirección á Libau.—R.

NUESTROS GRABADOS

Sir Guillermo Harcourt.—El eminente político inglés que acaba de fallecer á la edad de setenta y siete años, ejerció al principio de su carrera la abogacía en Londres con gran lucimiento y se dió á conocer como publicista notable con sus cartas publicadas en el *Times*, con el seudónimo «Historicus», que fueron leídas y admiradas en toda Europa. En 1868 entró en la vida política, siendo elegido diputado liberal por el distrito de Oxford y conquistando muy pronto gran influencia en la Cámara de los Comunes, en donde fué uno de los más firmes apoyos de la política de Gladstone. Cinco años después nombróle éste par y *Solicitor* general, y desde entonces fué el más formidable enemigo de los *tories*. Ministro del Interior en 1880, ocupó el puesto cinco años; expertísimo en materias financieras fué ministro de Hacienda en 1885, y luego desde 1892 á 1895, decretando importantes reformas fiscales, publicando la ley de 1894 sobre los derechos de sucesión, y que hoy constituye uno de los más saneados recursos de la Hacienda inglesa, y formulando en aquel mismo año un presupuesto que puede ser considerado como modelo en su género. Fué uno de los más ardientes defensores de la autonomía irlandesa, y su liberalismo no admitía discusión, designándole todo el mundo como heredero del gran Gladstone. Gravemente resentido cuando lord Rosebery le usurpó el primer puesto dentro de su partido, no por esto abandonó su cartera, sino que pasó á representar al Gobierno en la Cámara de los Comunes. Era orador de palabra fácil y clara, de cortés franqueza y muy temido de sus adversarios, y nadie pudo aventajarle como hábil polemista.

Augusto Bartholdi.—El célebre autor del *León de Belfort* y de *La libertad iluminando al mundo*, que ha muerto hace pocos días en París, había nacido en Colmar, en 2 de agosto de 1834. Su vocación por las bellas artes fué contrariada por su familia, y en su consecuencia, á falta de escuela preparatoria más de su agrado, comenzó su educación artística al lado de un arquitecto, continuóla en el taller del pintor Ary Scheffer, y por último, libre de una coerción que su fuerza de voluntad pudo al fin vencer, dedicóse á la escultura-bajo la dirección de Soitoux, y antes de cumplidos sus veinticinco años había ya alcanzado algunos triunfos que eran feliz presagio de su fecunda carrera. La lista de obras de Bartholdi es considerable; pero entre ellas sobresalen el enorme *León* tallado en la roca en el flanco de la ciudadela de Belfort, y la estatua de la *Libertad* que Francia regaló á los Estados Unidos en recuerdo de la proclamación de su independencia, figura colosal que domina la rada de Nueva-York. Dignos son también de mención una fuente monumental de Lyon y sus planos del Palacio de Longchamp, de Marsella, en los cuales demostró, aparte de sus cualidades de escultor, su dominio de la composición arquitectónica; el grupo *Suiza socorriendo los dolores de Estrasburgo*, existente en Basilea; su estatua ecuestre *Vercingetorix*, que se encuentra en Clermont-Ferrand, y los monumentos al *Sargento Hoff* y á los *Aeronautas del sitio de París*, cuyos modelos presentó en el último Salón. Bartholdi, que era comendador de la Legión de Honor y que había obtenido la medalla de honor en el Salón de 1895, deja monumentos cuya duración está asegurada por la importancia de los acontecimientos históricos que conmemoran, por la elevación de las ideas y de los sentimientos patrióticos que simbolizan y por el carácter noble y de grandiosa sencillez que en ellos supo imprimir el artista.

La ninfa de la selva, grupo escultórico de Rodolfo Holbe.—Este bellissimo grupo, en el que son de admirar la figura de la ninfa, perfectamente modelada, la armonía de líneas del conjunto de la obra y la solidez de la composición, fué objeto de los mayores elogios cuando se expuso en la última Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Dresde, y está destinada á coronar una fuente monumental de la ciudad de Detmold, capital del principado alemán de Lippe. Su autor nació en Lemgo, población de aquel principado, y después de haber estudiado en las academias de Leipzig y de Dresde, fué en esta última capital discípulo y luego colaborador del profesor Juan Schilling. Entre sus principales obras merecen citarse el grupo *La ninfa y las ardillas*, cuatro grandes estatuas del palacio de exposiciones de Dresde, un grupo para el Albertinum de la misma ciudad y dos monumentos erigidos en Detmold.

Montopoli (Sabina), dibujo del malogrado pintor Ramón Tusquets.—Fué Ramón Tusquets uno de los pintores que formaron parte de aquel grupo de artistas que tanta gloria alcanzaron y que persiguieron el nobilísimo propósito de conquistar el olvidado concepto del arte patrio. Establecido en Roma, ha sido uno de los últimos representantes de aquella pléyade de artistas meritorios, revelando el simpático recuerdo que se le tributa en esta ciudad su indiscutible valía como pintor y sus estimables cualidades como amigo afectuoso y cumplido caballero. Las obras pregonan su mérito y las colecciones particulares y algunos edificios públicos poseen varias de sus producciones, que han de apreciarse como gallardas manifestaciones artísticas y muchas de ellas como expresión del amor que profesaba á nuestra patria. El dibujo que damos á conocer á nuestros lectores es uno de los trabajos que ejecutó el artista. Pocos meses antes de que le aquejase la mortal dolencia que le arrebató de entre nosotros, tuvo la bondad de ofrecérselo, como muestra de su buena amistad. Hoy al reproducirlo nos complacemos en tributarle un cariñoso recuerdo y este público testimonio de la consideración que le guardamos.

Bellas Artes.—BARCELONA.—Con la terminación de la estación veraniega vuelve á iniciarse el movimiento productor y los artistas comienzan á dar muestra de su actividad, exhibiendo las producciones ejecutadas durante el período estival.

En el *Salón París* hallanse expuestas varias obras de un joven artista catalán José Nogué, que hace algunos años reside en la coronada villa. A juzgar por las producciones á que nos referimos, preciso es asignarle un lisonjero calificativo, puesto que revelan todas y cada una de ellas condiciones recomendables, interpretados los temas con la sinceridad propia de quien persigue el noble propósito de recoger las enseñanzas que ofrece el estudio del natural, sin recurrir á efectismos y rebuscamientos. Los retratos ejecutados al pastel y algunos efectos de luz son dignos de aplauso, por más que á pesar de sus buenas condiciones revelan la impaciencia propia de quien se halla en los albores de su carrera artística.

No se halla á igual altura el aficionado R. Durán, pues sus

paisajes acuáticos son en cierto modo uniformes, subordinados á las mismas tonalidades, pues todos ellos sirven para dar á conocer un temperamento que el estudio puede perfeccionar, trocando al novel pintor en hábil paisajista.

En el Salón Robira llama la atención un hermoso lienzo de Manuel Cusi representando con habilidad y acierto una bellísima dama, en cuyo rostro y traje se combinan los efectos de la luz artificial, produciendo esos admirables cambiantes de tonalidad que tan bien interpreta nuestro amigo.

Llama justamente la atención del público, en el local destinado á exposiciones que en la calle de Fernando tienen establecido los Sres. Masriera y Campins, la magistral obra que ofrece á Zaragoza el eximio escultor Mariano Benlliure. Tráta-



AUGUSTO BARTHOLDI,
célebre escultor francés recientemente fallecido

se del busto de la célebre heroína Agustina Zaragoza, modelado con esa facilidad, distinción y energía que de modo tan notable ejecuta el distinguido artista, al que sirve de pedestal un cañón decorado con inscripciones alusivas y elementos que recuerdan las distinciones de que fué objeto la heroína. Es un obsequio digno de la ciudad á que se dedica y del artista que la ofrece.

En el mismo local figura también el busto, asimismo en bronce, del *Abuelo*, obra del inteligente y laureado escultor señor Montserrat, que el Ayuntamiento de Barcelona ofrece como premio de los Juegos Florales de Zaragoza. Aunque es una obra conocida, no por eso hemos de omitir felicitar á su autor, que cuando la produjo manifestóse como un escultor de valía, digno siempre de consideración y de aplauso, ya que á una y otro tiene derecho por sus merecimientos y laboriosidad.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin.
VIOLET, 29, B⁴ ITALIENS, PARIS.

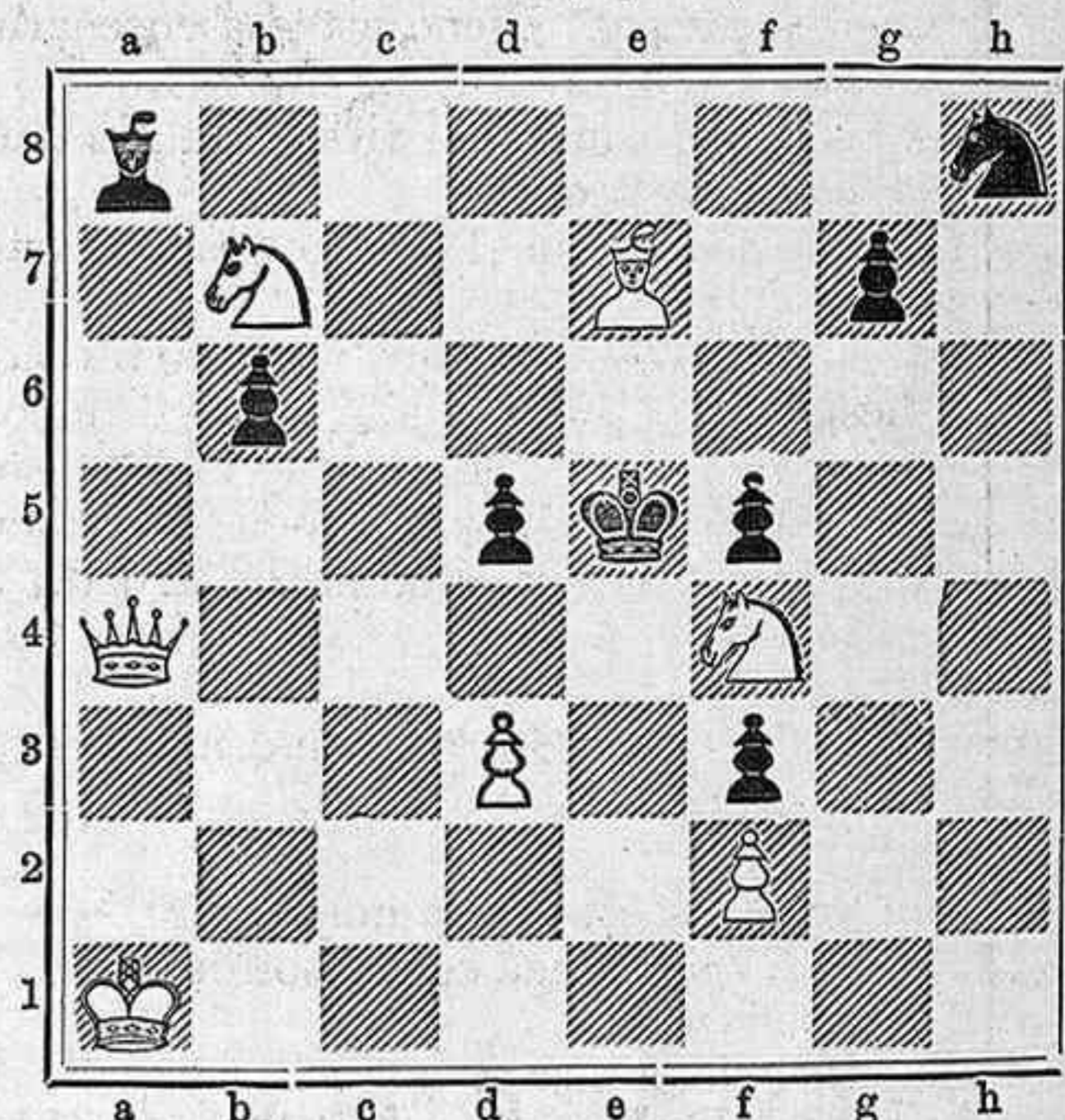
AJEDREZ.

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación)

ENVÍO N.º 13.—LEMA: «De loin.»

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

ENVÍO N.º 14.—LEMA: «Mieux vaut être seul que mal accompagné.»—BLANCAS: Rh8, Dc7, Ce4 y h4, Pb3, c2, g2 y h3 (8 piezas). NEGRAS: Re6, Ca5 (2 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 12.—LEMA: «Zdrava marija.»

1. De 1-a 5, Rd5-d6; 2. Da5-d8 jaq., etc.
Rd5-d4; 2. Da5-d2 jaq., etc.
Rd5-e5; 2. Da5-c7 jaq., etc.
Aa1-d4; 2. Da5-d8 jaq., etc.
b7-b6; 2. Rb5xb6 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Rb5-b6 jaq. ó Da5-d8 jaq., etc.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY
ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Se le conocían muchos amigos, pero, aun sin poderlo afirmar, se le atribuían pocos amantes. Si llegaba á sus oídos alguna alusión ó alguna maldad, se encogía de hombros y, cuando estaba de buen humor, se reía; pero si se encontraba mal dispuesta, fruncía las cejas sobre sus ojos negros. Nunca se dignaba protestar ni defenderse.

Aquel ser enigmático y seductor tenía todos los atractivos de una mujer emancipada y rodeada al mismo tiempo de púdicos velos, y Máximo Serán podía muy bien preguntarse cómo acabaría aquella aventura, pues no había podido descifrar qué sentimientos había para él en aquel corazón tan complicado.

¿Sabía siquiera la edad de Camila?

Según sus cálculos debía de haber pasado de los treinta años, pero no lo parecía, pues era Camila de esas privilegiadas á quienes la edad parece no llevar más que nuevos abriles.

Desde que la conocía, y hacía ya mucho tiempo, la estaba viendo en el radiante apogeo de su belleza, así como en plena florescencia de un talento tan delicado y tan exquisito, que su encanto sutil hubiera bastado para revelar una mente y una visión femeninas.

En el gran estudio, en el que las lámparas eléctricas derramaban una luz de aurora, Máximo Serán olvidaba perezosamente que la hora empezaba á ser tardía, cuando en el silencio de la vasta pieza se oyó el sonido de un timbre.

Habían llamado á la puerta del hotel, pero Máximo no prestó atención á ese detalle, que sólo sirvió para despertarle del sopor perezoso en que estaba sumido.

Levantó la vista hacia un reloj de Boulle en el que un viejo de larga barba mostraba su guadaña de bronce, y pensó:

—Me parece que, después de todo, tarda un poco en vestirse. En fin, si se embellece y es para mí, no puedo quejarme.

Iba á sacar un nuevo cigarro de su petaca de plata, cuando apareció Camila Girot de gran gala, pero sin nada en la cabeza más que la diadema de sus cabellos negros y sin el abrigo de baile en que Máximo esperaba verla envuelta.

—¡Ah, querida amiga!.. Viene usted á enseñarme el traje á mí solo y el primero... Es divino...

Pero Camila se aproximó á él vivamente sin darle tiempo para acabar la frase.

—¿Qué tiene usted?, dijo el escritor; parece usted emocionada.

—Lo estoy, en efecto..., sí, estoy un poco turbada. Una cosa inesperada..., imposible..., ¡oh, sí! imposible de prever... En fin, amigo mío, le juro á usted que no es un pretexto... Estoy obligada á renunciar al placer que me prometía esta noche al lado de usted...

—¡Oh!

—Acaba de llegar en este momento alguien..., y no puedo absolutamente...

—¿Quién?

—Tranquílcese usted; es una mujer.

—¿Una mujer? Que venga con nosotros.

—¡Ah! No, por cierto.

Y añadió dándole la mano:

—Sea usted amable, Serán, sea usted muy amable...

—Sí y «váyase usted,» contestó Máximo sin poder disimular un gesto de despecho.

—Y, al marcharse sin mal humor, esté usted convencido de que experimento una verdadera contrariedad..., acaso un poco de pena..., al despedirle.

—¿Me lo tendrá usted en cuenta?

—No es imposible... Veremos.

Serán tenía mucho talento—era su oficio—y puso á mal tiempo buena cara.

Sabia y dulcemente, besó la manita que se le ofrecía y dijo:

—¿Hasta mañana, entonces?

—Hasta mañana, sí. Es usted un ángel.

—Y voy, por consecuencia, á desplegar las alas. Adiós.

Máximo Serán se había marchado.



— ¡Eres tú!.. ¡Eres aquella linda Gracianita!..

Camila le había ayudado en la antesala á ponerse el *mac farlane* de etiqueta y le había abierto la puerta. Cuando la cerró, se hubiera podido oír á la artista suspirar con satisfacción y decir al mismo tiempo con expresión de pena:

—¡Pobre muchacho! ¡Qué amable es!

En seguida corrió al saloncillo en que la esperaba la recién venida, y cogiéndola por la mano para llevarla al estudio, le dijo:

—Ven, querida mía; aquí estaremos mejor.

La colocó, temblorosa y oprimida, en el gran diván, y cogiéndole las manos entre las suyas, se sentó á su lado.

—¡Eres tú!.. ¡Eres aquella linda Gracianita que me besaba de tan buena gana!.. ¡Ah! Bésame otra vez..., fuerte, muy fuerte...

Y añadió dulce y tristemente:

—¡Un beso como aquellos!.. ¡Un beso que viene de allá!.. ¡Cuánto tiempo hacía!..

Pero su curiosidad y su inquietud empezaban á despertarse.

—¿Estás, pues, en París?

—Acabo de llegar, tía mía. No sabía tus señas y el cochero que me ha traído de la estación me ha llevado á un despacho y me ha dicho que las encontraría en el *Todo París*. Y, en efecto, las he hallado en seguida.

—Pero... ¿con quién has venido á París?

—Sola, respondió Graciana palideciendo.

Camila la miró hasta el fondo de sus ojos negros y vió en ellos una gran angustia.

—¿Y de dónde vienes?

—De la Zarzalera.

—Y allí... saben...

—No.

—Desgraciada... Es, entonces, un pronto..., una locura...

—¡Ah, tía!, exclamó Graciana sollozando y echándose en los brazos de aquella mujer en la que había puesto todas sus esperanzas. ¡Ah, tía, era muy desgraciada!..

—¡Ah! ¡Dios mío!.. Pero, vamos á ver, tienes que decirme... Vienes para...

—Para pedirte socorro, tía... Para pedirte también un asilo...

—¡A mí!.. ¿Y si hubiera estado ausente?..

—Sabía que estabas en París.

—Cuéntamelo todo, hija mía; cuéntamelo pronto, pronto...

Y Graciana le contó su aventura.

Mientras Graciana hablaba, temblando al principio y animándose después á aquel contacto amigo hasta recobrar toda su confianza, Camila la estaba mirando.

—¡Dios mío! ¡Cómo se le parecía aquella niña de veinte años, un poco más baja, acaso, y más delgada, que tenía todas sus facciones, todos sus impulsos de otro tiempo y toda su fiebre aventurera!

¡Y cómo aumentaba esa semejanza á medida que se descubría aquel corazón herido!

—Sí, así se había ella indignado y sublevado; así había abandonado locamente, una noche, la casa paterna; así se había comprometido irremisiblemente en un género de vida que por poco la conduce al abismo, á la muerte libertadora y voluntaria...

Pero, gracias á la Providencia, Graciana no había entrado como ella en lo desconocido...

Dios había querido inspirarle la idea de ir á buscarla... La desgracia era, acaso, reparable todavía.

Cuando ya lo supo todo, abrazó á Graciana más tierna y maternalmente.

—¿Y... tu amigo?

—Pedro...

—¿Va á venir también, naturalmente?..

—Supongo que se habrá puesto en camino en cuanto haya sabido...

—¿No lo sabía entonces?

—No; no he tenido tiempo de advertírselo. Ha sido anoche, al ver que me trataban como á una niña á quien se encierra para castigarla, cuando...

—Sí, murmuró Camila, el rigor, que es causa de las peores locuras, cuando con un poco de ternura se hubiera salvado todo...

—He escrito dos cartas: una á la abuela, diciéndole.

le que me iba, que no me volverían a ver hasta que nadie tuviera derecho a oprimirme..., y que iba a ocultarme en un refugio donde prometía ser siempre honrada y no olvidar jamás...

Graciana se calló muy turbada... ¿Qué iba a decir a la que no se había cuidado de hacer igual promesa?..

Pero Camila preguntó como si nada hubiera oído: —¿Y... a tu amigo?

—A él le he dicho dónde pensaba refugiarme... Tiene todavía dos meses de licencia, y cuando se vuelva al regimiento no estaremos, al menos, enteramente separados, como en el convento, donde hubiera carecido de noticias tuyas, donde no hubiera podido decirme, siquiera una vez, que me amaba.

—Eso era lo más cruel de todo, ¿verdad, hija mía?

—¡Oh, sí!

—De modo que si hubieras tenido tiempo para avisarle, hubierais venido juntos...

—No, no. Estoy segura de que él no hubiera querido. ¡Dios mío! ¡Comprometerme con ese escándalo! Bien se ve que no le conoces.

—¡Mejor es que sea así!, dijo Camila suspirando. Y añadió pensativa:

—¿Entonces pensaste en mí?

—Sí, tía, en seguida.

—¿Por qué?

—Porque tú también has sufrido y sabes lo que es una angustia como la mía... Porque tu voluntad ha sido más fuerte que los que pretendían encadenarte... Porque, a pesar de todo, te has creado una existencia gloriosa y admirada... Porque he recordado que eras buena conmigo y me pedías que te quisiera mucho... Porque es preciso que me quieras a mí un poco, ahora que no tengo más esperanza que tú para llegar a ser dichosa...

Camila exclamó en un impulso de sinceridad:

—Entonces, hija mía, no hagas lo que yo he hecho...

Y añadió, con una voz que hizo estremecerse a la joven:

—Yo no he sido dichosa, Graciana, y daría mi celebridad, mi independencia, mi fortuna, todo, por recobrar mi sitio en el antiguo comedor de la Zarzalera, al que Camila Girot no puede volver...

Y siguió diciendo, después de estrecharla más aún contra su pecho:

—¡Ah, mi querida niña, si supieras cuánto he llorado, cuánto me he desesperado! Un día—sí, es preciso que tú lo sepas—un día estaba ya tan cansada, tan falta de aliento, que tomé un veneno... Pero había querido demasiado matarme. La dosis fué exagerada y mi pobre cuerpo enfermo la rechazó... Hubo tiempo para que me cuidaran y me salvaran y no me atreví ya a volver a las andadas. Entonces me puse a trabajar como una loca... que quiere olvidar su locura, y el trabajo fué lo que me salvó..., pero mi pobre corazón quedó ya seco y marchito... También yo había aventurado mi porvenir y mi vida por el amor de un hombre... ¡Ah! ¡El miserable! Como tú, esperaba la hora de poder unirme a él a pesar de los míos... Me había hecho huir con él jurándome que sería su esposa; pero me engañó. Desde aquel momento estaba yo perdida... Antes que seguir con él, hubiera preferido mendigar por las calles... Antes de aceptar la mano desleal que aún me ofrecía, hubiera preferido cortarme las dos mías... Tenía mis alhajas de soltera y un poco de dinero del que me dejó personalmente mi abuela al morir..., menos de dos mil francos... Y con eso viví tres años. Decirte cómo sería imposible, porque no lo comprenderías. He iluminado estampas, he copiado música, he escrito sobres a un franco el millar..., y todo por la noche, pues de día pintaba para llegar a ser alguien, aunque no fuera más que para abofetear con mi desprecio al que me había hecho traición... Ya ves ahora que no debes engañarte con el lujo que me rodea ni dejarte deslumbrar por estas apariencias... Todo esto ha llegado tarde, cuando el mal estaba hecho, cuando en el fondo de mi alma se había albergado el gusano que debía secar el fruto... Trato de olvidar todo lo que puedo, y sólo el trabajo me da un poco de estimación propia... Pero cuando pienso en la Zarzalera, en mi padre..., en mi madre...

Sus ojos se llenaron de lágrimas rebeldes.

—¡Mi pobre madre!.. ¡Cuando pienso que nunca le daré un beso!..

—¿Por qué no?, preguntó Graciana, que también lloraba.

—Yo misma me arrojé de allí y estoy bien arrojada de mi casa.

—¡Ah! ¡Qué feliz vas a ser entonces cuando sepas!.. ¡Arrojada! ¡Pero si tu ausencia y tu silencio son la desolación de su vejez!.. ¡Arrojada! Si me quieren tanto es porque me parezco a ti...

—Eso lo dices tú...

—Ellos son los que se figuran que nunca les perdonarás su rigor.

—¡Yo!

Con un movimiento brusco, como si hubiera pasado por su mente una idea repentina, miró la hora en el reloj de Boule.

—Es tarde, murmuró... No llegaría esta noche...

Y después de estas palabras enigmáticas, dijo como si volviese a la realidad:

—Pero qué cabeza la mía... Acabas de llegar y no has comido...

—No tengo gana, tía.

—¡Bah! A tu edad...

Tocó un botón eléctrico y se presentó la misma doncella de un momento antes.

—Felicía, un refrigerio, en seguida, en el comedor. Y haga usted preparar el cuarto al lado del mío. Esta señorita duerme aquí esta noche.

—Después, me hace usted una maleta..., como para ir al campo...

—¡Pero, tía!.. balbuceó Graciana espantada.

—Déjame, hija mía, déjame dar mis órdenes.

—¿Estará la señora de viaje mucho tiempo?

—No lo sé... puede que unas semanas.

—Pero, tía...

—Déjame hacer. Mañana muy temprano, Felicía, habrá que llevar al telégrafo un telegrama.

—Está bien.

—Y nosotros nos iremos también muy temprano. Se lo diré a usted exactamente en cuanto consulte la guía... Pero, ante todo, la comida... Mi pobre sobrina se está cayendo de necesidad. Pronto, Felicía.

La doncella desapareció.

—¿Quieres explicarme al menos, tía... Ese viaje..., ese telegrama...

—No te alarmes, querida mía, trabajo para ti. No quiero que sufras como yo he sufrido. Quiero que si tu amigo es digno de ti, me dé las gracias de todo corazón por haberte salvado..., por haberos salvado a los dos.

—Pero...

—Quiero devolverte la alegría y tener yo también una que ya no esperaba.

—¡Ah, tía!.. ¡Me abandonas, me rechazas... Estoy perdida.

—Estás salvada, loca. Confía en mí; Camila Girot ha vencido otras dificultades..., otras imposibilidades.

La artista se levantó y dijo, dominando a Graciana con toda su altura y con el brillo de aquel lujo audaz y fantástico que era un asombro para la pobre provinciana:

—Te juro, hija mía, que si tienes confianza en mí, te casaré con tu Pedro... a condición de que merezca el amor que le has dado, acaso un poco de prisa. Lo veré muy pronto, y si ese joven Boissier, del que creo tener un vago recuerdo, es digno de mi sobrina... Confía en mí, querida, confía en mí.

Había tanto poder en su acento, en su mirada y en el magnetismo que se exhalaba de su belleza, que Graciana exclamó fascinada:

—¡Sí, tía, ciegamente!

* * *

Cuando, en la Zarzalera, Marieta abrió despacito la puerta de Graciana, extrañando no oír ruido en su cuarto, dió un grito ahogado...

El cuarto estaba vacío.

La cama estaba sin deshacer. Graciana no se había acostado.

La pieza además estaba en desorden, como si se hubiesen registrado los armarios y todos los muebles. Marieta bajó los escalones de cuatro en cuatro.

—Francisca, preguntó muy alarmada a la cocinera, ¿ha visto usted a la señorita?

—No, pero Cleto me acaba de decir que la ha visto.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Al salir el sol. Iba de paseo y creo que tomó la dirección de Saint-Romain.

De paseo... Bien mirado, era posible. Con los disgustos de ayer, la pobre tendría fiebre, y después de una noche en claro, habrá ido a tomar el aire fresco de la mañana... Sí, eso debe de ser...

Y cuando la señora Girardot salió de su cuarto, así fué como Marieta le explicó lo que ella llamaba «el paseo de la señorita.»

La abuela no se alarmó más que Marieta. ¿Cómo iba a suponer otra cosa? Pero otro sentimiento le oprimió el corazón.

—¡Me había prometido no salir y ha faltado a su promesa!.. No la creía capaz de tal cosa.

Y en seguida surgió en su mente una sospecha que era casi una convicción:

—¡Ha ido a ver al tal Pedro Boissier!.. ¡Ah! De-

testable niña... Maldito mozo... ¿Qué necesidad tenía de volver de Madagascar?

Y muy indignada por la falta de lealtad de su nieta, se puso a esperarla, al principio con bastante paciencia.

Pero el tiempo pasaba y Graciana no volvía.

El abuelo, puesto al corriente de lo que pasaba, montó en cólera. ¡Ah! No, no esperaba ni un momento más para cortar de raíz tales escapatorias.

—Esta tarde me la llevo al convento... Ya estoy hartos...

Y a medida que el Baco, con su tirsó dorado a fuego, indicaba una hora más avanzada y más alarmante, los viejos sentíanse invadidos por un vago terror. Presentían una desgracia pronta a estallar sin saber cómo ni dónde.

De repente la abuela tuvo una idea y corrió al cuarto de Graciana a registrarla todo.

En primer lugar, esa chica había escrito, pues se veía el papel esparcido en la mesa.

Después... ¡Ah, Dios mío, el traje que se ponía a diario estaba allí!.. En cambio faltaba el nuevo. Se había vestido con esmero... ¿Para qué?

No parecía su saco... Y la abuela se puso a registrar los cajones del escritorio.

¡Las alhajas!.. ¡El dinero!.. ¡No había nada! ¡Misericordia! ¡Se había marchado, la desgraciada!..

Había que echar a correr; preguntar al jefe de estación... Pero no se podía enviar un criado, pues habría que explicarle... y preguntaría torpemente. Era producir un escándalo.

—Anda, Luis, dijo a Girardot, que había olvidado su cólera, hasta tal punto le oprimía la angustia; anda, vete tú mismo e infórmate con habilidad, sin que el jefe sospeche...

—Sí..., voy..., voy...

El buen señor iba a salir cuando vieron llegar al cartero con una carta en la mano.

—Para usted, señora Girardot.

La abuela conoció en seguida la letra del sobre.

—Luis, dijo poniéndose muy pálida, no te vayas.

Y añadió en cuanto se marchó el cartero:

—Es ella la que nos escribe...

—Y la carta llega por el correo... ¡Ah! La desgraciada... Lee, lee pronto.

Y como los incidentes cómicos están siempre al lado de lo trágico, ninguno de los dos ancianos encontraba sus gafas. Por fin la abuela, toda temblorosa, pudo enterarse de aquella abominable carta.

Los dos se quedaron como heridos por el rayo.

—¡Se ha escapado!.. ¡Como Camila!..

Y Girardot añadía, espantado por su responsabilidad:

—¡Y su padre que nos la había confiado!

—¡Su padre!, exclamó la anciana encogiéndose de hombros. ¡Bastante me importa a mí su padre! Ella, nuestra nieta, es la que... ¿Dónde encontrarla? ¿Dónde se habrá escondido?

—La carta, observó Girardot, viene de Saint-Marcellin... Desde que la echó al correo ha tenido tiempo para ir muy lejos...

—¡Ah! Hay alguien, sin embargo, que sabe dónde está.

—¡Ese Boissier! ¡Ese hombre maldito!.. ¿Pero no comprendes que se han ido juntos?

—¡Desgraciada!.. Pero ella nos dice... Mira su carta.

—Ha escrito lo que ha querido... Pero están juntos, es seguro. ¡Oh! Las cosas no quedarán así. Hay leyes... La chica es menor...

—Dentro de pocos meses no lo será.

—Se trata de hoy y no de mañana. No se roba impunemente una joven menor de edad. Me voy al juzgado... y los gendarmes...

—No hagas eso.

—¿Pues qué harías tú?

—Lo primero es avisar a Delestang.

—Puede..., sí... ¡Pero ese Boissier! Bien se ve que es hijo de su padre, y nadie me impedirá... ¡Robar me mi nieta! Yo le haré arrojar del ejército y le meteré en la cárcel, con su cruz y todo.

—Anda primero a cerciorarte... Sí, hay que ir a la estación para saber cómo se ha marchado, con quién, hacia qué punto... Habrá que decirle todo esto a Delestang.

—Tienes razón. Voy...

Y flaqueándole las piernas, pues el golpe había sido rudo, Girardot salió y la anciana se metió en su cuarto para llorar a sus anchas a la pobre niña... que había hecho lo que la otra.

No; esas chicas son implacables cuando el vértigo, cuando el demonio las extravía. No tienen en cuenta ni el cariño ni el respeto de sus pobres abuelos. ni las lágrimas que hacen verter, ni la religión, ni la vergüenza..., nada..., nada...

La señora Girardot levantó la cabeza al oír unos pasos precipitados. Era Marieta.
—Señora, señora...
—¿Qué sucede aún, Dios mío?
—Alguien que quiere hablar con usted en particular.
—¿Quién es?
—El hijo de Boissier...
—¡El!... ¡Está aquí!...
—Le he hecho entrar en el comedor... Yo no sa-

—Tenía el joven tanta razón, que la abuela se avergonzó de su violencia y de su injusticia.
—He hecho mal, sí... Pero usted debe comprender...
—¡Oh, señora!, juzgo su angustia de usted por la mía... Graciana no me había dicho una palabra de ese detestable proyecto. ¿Lo tenía siquiera cuando ayer la vi? Estoy seguro de que no. Y aun después... ¿Por qué no decirlo? Ayer, después de la discusión violenta que hubo aquí, Graciana me hizo saber lo

La señora Girardot, enloquecida, repitió:
—¡Usted y yo!.. Habrá que prevenir á su padre.
—¡Oh, no, que no sospeche siquiera... ¿Cuándo debía salir Graciana para el convento?
—No lo sé á punto fijo... Cuando terminase sus preparativos... Pasado mañana..., dentro de tres días. Su padre nos había dado completa latitud...
—¿Debía él venir á buscarla?
—No; iba á llevarla su abuelo.
—Ya ve usted que la suerte nos favorece. Hoy es

ya tarde para el tren de la una, pero saliendo mañana en el mismo tren, llegará usted pasado mañana temprano á París y tendrá todo el día para convencerla de su imprudencia. Dígame usted que yo la suplico... Esto no le compromete á usted á nada ni le impedirá cerrarme su corazón... Si la trae usted pasado mañana, nadie sospechará...

En un tono que tomó de repente la altura de gravedad que las horas decisivas dan á las personas más sencillas, la abuela dijo:
—Déjenos usted, Marieta. Cierre la puerta y que no entre nadie.

Pedro se encontraba, solo con la abuela de Graciana, en aquel comedor en que siempre había creído no entrar jamás.

Estaba allí..., en casa de los enemigos de su padre, que entonces más que nunca, sólo debían tener rabia y resentimiento contra el hijo de Antonio Boissier...

Pero Pedro no pensaba en tales cosas. Tan febril, tan alterado como los Girardot al recibir la carta de Graciana, sólo le ocurrió este pensamiento:

—¡Se compromete..., se pierde... por mí!..

Pedro no conocía muy bien la historia de Camila Girot.

Una artista..., una mujer de vida excéntrica é irregular y forzosamente rodeada de una gente... ¡Allí era donde Graciana iba á refugiarse! ¡Allí quería pasar diez meses!

Iba á volver, no sólo comprometida, sino herida por el contagio. Además, no, él no podía ser cómplice de tal locura, de tal imprudencia. ¡Valía mil veces más hacer traición al secreto de Graciana!.. Sí, aunque ella no se lo perdonase... La amaba demasiado para no velar con más celo por aquel precioso tesoro...

Y sin reflexionar más, sin pensar cómo sería acogido, se echó á correr á la Zarzalera.

—¡Mi hija!, exclamó la anciana en un grito de desolación, de cólera y de amenaza.

—¡Ah, señora! Sólo vengo para dar á usted el medio de recobrarla...

—¿Dónde está?

—En casa de su hija de usted, de Camila Girot.

Y mientras la abuela, llena de sorpresa y de espanto, balbuceaba: «¡En casa de Camila!», Pedro añadió muy conmovido:

—Acabo de saberlo... por una carta.

—¡Ah! Le ha dicho á usted su refugio... Usted lo sabía todo... La cosa estaba proyectada desde que perseguía usted á esa niña para hacerle faltar á todos sus deberes... Iban ustedes á reunirse allí...

—¡Qué injusta le hace á usted ser la pena!, dijo Pedro con dulzura. ¿Estaría yo aquí si esa acusación fuese fundada? Puede usted creer que he necesitado un gran valor, ó más bien, un gran deseo de salvar á Graciana, para haber venido á esta casa, donde sabía cómo sería recibido... Esperaba, sin embargo, que se rendirían ustedes á la evidencia de mi lealtad y de mi buena fe.



—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

que había pasado, comprendiendo que yo no podía vivir de ansiedad... Hasta aquel momento podíamos todavía esperar... Nos amábamos, y cuando nuestra juventud, nuestra vecindad y nuestra igualdad de fortuna hubieran podido hacernos tan dichosos, sólo se elevaban como obstáculo en-

tre nosotros las querellas de otros tiempos. Existen padres que se hubieran conmovido por la sinceridad de nuestro amor, y yo conservaba un resto de esperanza al pensar: «¿Si ganará Graciana nuestra causa?» Pero no, me avisó que durante diez meses no nos veríamos más..., que iba á entrar en el convento..., que no me desanimase...

—¡Caballero!..
—¡Oh! No, yo perdí el valor. Me causaba una gran pena esa separación, pero —usted no puede comprender esto, señora,—pero la amo tanto, que...
—¡Caballero!..
—Sí, la amo tanto y tengo tanto orgullo al saber que es deliciosamente pura y que me pertenece aquel corazón virginal, que me había resignado á esa nueva prueba y no pensaba más que en inspirarle á ella valor y paciencia... Cuando hace un momento... ¡Ah! ¡La imprudente! ¡La ignorante!.. Porque es ignorante, señora; no sabe, no sospecha... Cree darme una gran prueba de amor y no puede comprender que estoy desesperado.

Y Pedro se había acercado á la anciana para suplicarla y convencerla...
—Hay que perdonarla, señora; hay que volar á su socorro... Yo hubiera ya corrido, pero no puedo, porque el remedio sería peor que el mal... Usted, señora, usted sola puede salvarla... Se lo suplico, vaya á buscarla, vaya sin tardanza y traígasela á su padre... Diga usted á su nieta que cualquier cosa vale más que esta locura que ella no comprende y que la espantará cuando usted se la haga ver... Pero apresúrese usted para llegar á tiempo y para que nadie sepa, ni sospeche siquiera, fuera de usted y yo...

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

Pedro Boissier se marchó. Después de cumplir lo que consideraba un deber de honor que salvaba á Graciana, no tenía nada que hacer en aquella casa.

Y cuando la abuela no pudo menos de decirle:
—Damos á usted las gracias con toda nuestra gratitud, Sr. Boissier...

Pedro no hizo más que inclinarse profundamente y salió de casa de Girardot.

—¡Es un buen muchacho, después de todo!, dijo la anciana.

Pero el abuelo, sin dar su opinión, respondió en seguida:

—¿De modo... que te vas, mi pobre Enriqueta?
—Es preciso.
—¿Y si yo fuera contigo?
—No, amigo mío; no sería igual. Los hombres no sabéis, no podéis decir lo que una mujer...
—Sí, somos torpes, lo sé... ¿Y vas á ir á casa de... la otra? ¿Vas á verla?..
—¡Ah! No hubiera yo querido que fuese así, por casualidad, sin que ella lo piense ni lo desee...
—¿Cómo la vas á hablar?
—¿Qué sé yo? Eso no se puede preparar de antemano. Le diré que quiero ver á mi nieta y ya veremos lo que me responde.
—¿Pero sabes dónde vive? Porque yo lo sé...
—Yo también, Luis, yo también...
Al hacerse esta confesión, ambos se ruborizaron. El abuelo siguió diciendo:
—En fin, ese joven tiene razón. Debes tomar ese tren y así llegarás por la mañana. De noche hubieras tenido que buscar un hotel, pues no sabemos cómo se presentarán las cosas en el boulevard Pereire, y sería una complicación, en una ciudad como París..., á la que no has ido hace tanto tiempo...
—Sí, desde que ella vive allí.
—Echa la cuenta; la última vez que estuvimos fué por la Exposición de 1878...
—¡Hace más de veinte años!
—Si lo necesitas, ya lo sabes; nuestro hotel está todavía en la cité Bergère...
—No te apures, Luis, que yo me arreglaré.
—Entonces, mañana á la una... ¿Vas á hacer tú también tus preparativos?

(Continuará)

En este momento entró de repente Girardot que volvía de la estación, y deslumbrado por la claridad exterior al entrar en el comedor obscuro, no vió al principio más que á su mujer.

—Ha tomado el billete para Valence, dijo.

—Ya lo ven ustedes, nadie podrá sospechar. Ha ido muchas veces sola ó con su criada...

Girardot le miró con estupor y con cólera.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

Medallas de Rodolfo Mayer

El origen de la palabra medalla, en el sentido que hoy le damos, data del siglo xv, en que comenzaron a fabricarse como objeto muy distinto de las monedas para perpetuar el recuerdo de algún suceso importante. Los antiguos sólo conocieron las monedas propiamente dichas, y si se ha dado el nombre de medallas á algunas monedas griegas de oro y plata, ha sido á causa de sus dimensiones excepcionales.



GOETHE, por Rodolfo Mayer

En cambio entre las monedas imperiales romanas se hallan piezas de oro que por su tamaño extraordinario se denominan medallones y que nunca fueron monedas, aunque estaban fabricadas por el mismo procedimiento que éstas, pero que respondían á otros fines.

En la Edad media no hubo medallas, sino monedas que no ofrecen interés alguno desde el punto de vista artístico, y hay que llegar al Renacimiento, especialmente á Italia, para encontrar la tradición del arte monetario antiguo. La primera tentativa data del siglo xiii y fué una imitación de los *aureos* de los antiguos emperadores romanos que mandó hacer Federico II á grabadores anónimos de Amalfi. Como es natural, el perfeccionamiento del arte aplicado á la moneda fué lo que trajo consigo la invención de la verdadera medalla, habiendo comenzado esta renovación en Toscana, en el siglo xv.

La medalla propiamente dicha, escribe Lenormant, creada en condiciones tan especiales, fué completamente desconocida de los griegos; los medallistas romanos no acertaron á diferenciarlas de las monedas corrientes, y no supieron, por lo tanto, hacer de la fabricación de medallas un arte especial. Por el contrario, entre los modernos, continuando la tradición



SCHOPENHAUER, por Rodolfo Mayer

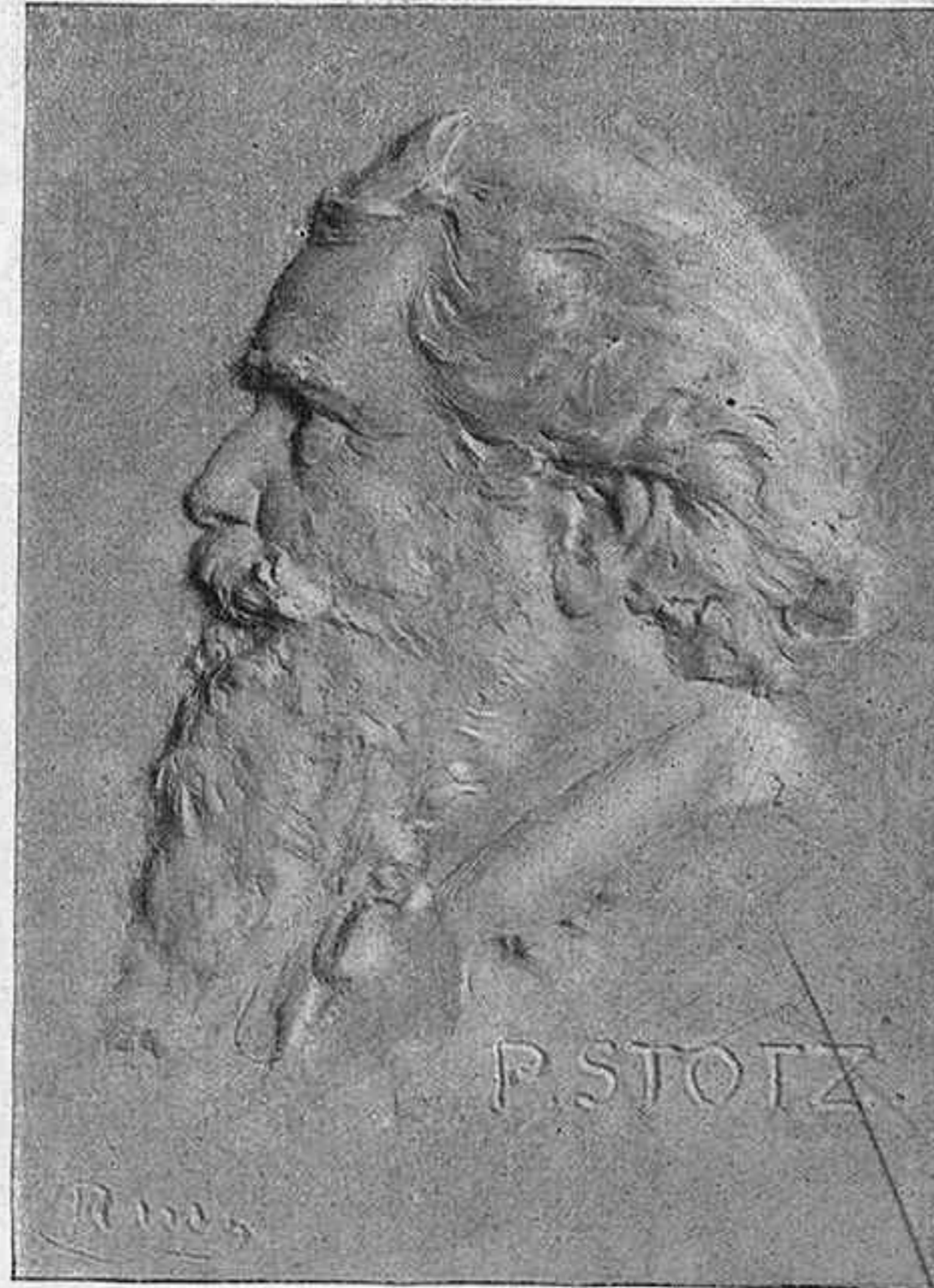
de la Italia del siglo xv, la medalla es una cosa aparte que, desde el punto de vista estético, puede considerarse como la expresión más alta del arte numismático. Es de notar, sin embargo, que aunque las monedas alcanzaron cierto perfeccionamiento artístico en el siglo xv por efecto de la importancia que las medallas vinieron á dar al grabado en relieve, á partir del siglo xvi el arte numismático entró en la decadencia.

A un pintor, Vittorio Pisano, se debió el renacimiento del arte monetario en Italia, pudiendo citarse entre sus mejores medallas las del emperador Juan Paleólogo, Alfonso de Aragón, del papa Martín V,

Francisco de Gonzaga, Leonello de Este, Segismundo Pandolfo Malatesta, Iñigo de Abalos, Nicolo Piccinino, Filipo María Visconti, Cándido Decembrio, Francisco Sforza, Cecilia de Mantua é Isotta de Rimini.

Pisano tuvo muchos discípulos y émulos, entre los cuales son dignos de especial mención Mateo de Pasti, Juan Boldu, Guidizani, Guacialotti, Constantino Laurana, Bertoldo, Pablo de Ragusa, y algo después Marescotto, Andrés de Cremona, Juan Francisco de Parma, Antonio del Pollajuolo y Andrés della Robbia.

A fines del siglo xv vino á modificar el arte de las



STOTZ, por Rodolfo Mayer

medallas un célebre artista milanés, Ambrosio Foppa, á quien se dió el nombre de *Caradosso*: á él se deben las medallas de los últimos Sforza de Milán, de los papas Alejandro VI y Julio II y la de Bramante, primer arquitecto de San Pedro de Roma.

En el siglo xvi florecieron multitud de medallistas de Roma, Milán, Parma, Venecia, Florencia y Siena, sobresaliendo entre ellos Juan María Pomedello, León Leoni, Jacobo Trezzo, Anibal Fontana, Alejandro Vittorio, Pedro Pablo Olivieri y sobre todo el gran Benvenuto Cellini. A partir de la segunda mitad de este siglo, las medallas comenzaron á fabricarse por el mismo procedimiento que las monedas,



MEDALLA, por Rodolfo Mayer

es decir, acuñándolas con troqueles grabados en acero, con lo cual y gracias al empleo de máquinas pudieron producirse piezas de un módulo mayor y de más relieve que anteriormente y multiplicarse indefinidamente los ejemplares.

Esto fué causa de que se operase una evolución en el arte del medallista, pues el grabado de medallas y el de monedas vinieron á ser una misma cosa. Antes, las medallas fundidas habían sido, por el contrario, independientes de la práctica del monedero, pues los medallistas fueron pintores ó escultores que jamás se preocuparon de las condiciones en que trabajaba el grabador de troqueles destinados á la acuñación.

Francia sigue en importancia á Italia en el arte del medallista, y ella fué la que creó la medalla conmemorativa. La primera medalla francesa fundida, con efígie, en el sistema de las italianas, es una en que aparecen los retratos de Carlos VIII y Ana de Bretaña y que fué fabricada en Lyon en 1494. Multiplicáronse las medallas durante el reinado de Luis XII, figurando en primera línea los medallistas lioneses; las modelaban escultores como Nicolás Le Clerc y Juan de Saint-Priest, y las fundían orfebres. Entre los medallistas franceses debe ser incluido un italiano, llamado Jacobo Primavera, cuyo estilo corresponde al de la escuela de Milán y cuyas medallas ejercieron beneficiosa influencia en los artistas franceses de aquel tiempo: suyas son las medallas de la reina Catalina de Médicis, del duque de Alençon, de Carlos de Lorena, de Isabel de Inglaterra, de César Bellegarde y del duque de Bethune.

Las medallas francesas de la segunda mitad del siglo xvi, unas fundidas y otras acuñadas, son casi siempre anónimas, atribuyéndose algunas de las más



WAGNER, por Rodolfo Mayer

notables, como las de Enrique II, Catalina de Médicis, Carlos IX, Enrique III é Isabel de Austria, á Germán Pilón. El arte de las medallas tuvo un renacimiento en tiempo de Enrique IV, gracias á la influencia de Guillermo Dupré, el más grande de los medallistas franceses que siguió las tradiciones italianas de los buenos tiempos: de él son las medallas de Enrique IV, María de Médicis y de los principales personajes de su época.



LISTZ, por Rodolfo Mayer

Después de Dupré, el mejor medallista francés del siglo xvii fué Warin, á quien se deben, entre otras muchas, las medallas con los bustos de Luis XIII y Luis XIV niño. A su muerte, inicióse la decadencia de esta especialidad del grabado, que se acentuó durante la Regencia. La República señala un pequeño paréntesis en la fabricación de medallas, cuyo taller restableció Napoleón poniéndole al cargo de su lista civil: la serie de medallas conmemorativas de las empresas napoleónicas hace honor á ese taller.

En Alemania, las medallas representan una de las manifestaciones más importantes de las artes de aquel país en el siglo xvi, si bien el estudio de las

mismas se hace difícil por ser en su mayoría anónimas. Allí, como en Francia, nacieron por imitación de Italia en tiempo del emperador Maximiliano y por iniciativa de Pedro Fischer. Entre los medallistas del Renacimiento alemán citaremos á Enrique Reitz de Leipzig, Federico Hagenauer y Juan Schwartz de Augsburgo, y Masslitzer, Wenzel y Jammitzel de Nuremberg. Pasado el siglo XVII, la época de florecimiento de Alemania que terminó con la guerra de los Treinta Años, el arte del medallista entró en un período de decadencia.

Esta es en resumen la historia del grabado de las



MEDALLA, por Rodolfo Mayer



PLAQUITA, por Rodolfo Mayer

muchas para conmemorar sucesos importantes y reproducir efigies de personajes ilustres, los artistas han ensanchado el campo de las aplicaciones de esta rama de la escultura, produciendo por este procedimiento obras en las cuales el elemento histórico aparece como cosa secundaria y aun falta en absoluto.

Entre los artistas que en nuestros días lo cultivan con mayor éxito, merece citarse en primer término el profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe Rodolfo Mayer, cuyos son los hermosos ejemplares que en esta página y en la anterior reproducimos. Hizo sus estudios sobre metalisteria en la Es-



MEDALLA, por Rodolfo Mayer

medallas; fuera de Italia, Francia y Alemania, los demás países europeos no la tienen, pues las medallas que en ellos se conocen son debidas á artistas extranjeros.

En la actualidad, este género artístico ha cobrado nueva vida, volviendo á florecer espléndidamente en muchas naciones, particularmente en Francia, Alemania, Inglaterra y Bélgica.

Un hecho, sin embargo, observamos muy digno de tenerse en cuenta, y es que las modernas medallas, al lado de las cuales podemos colocar las planchitas en relieve que responden al mismo objeto que ellas, son más notables por su valor artístico que por su significación histórica, pues si bien se fabrican



MEDALLA, por Rodolfo Mayer

cuela de Industrias Artísticas de Viena, y obtuvo sus primeros triunfos en la exposición celebrada en aquella capital en 1873, siendo llamado, como resultado de ello, á Stuttgart para ponerse al frente de la cátedra de medallas de la Escuela de Industrias Artísticas. Doce años después, pasó á encargarse de la misma cátedra en la Escuela de Industrias Artísticas de Karlsruhe, que todavía desempeña.

Nada diremos respecto de las medallas y planchas suyas que publicamos, porque basta contemplarlas para comprender que son obras maestras en su género.—N.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PÍLDORAS MOUSSETTE
*Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.*
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
650

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero Hierro Quevenne.
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SENORAS
EL APÍOL DE LOS DRES
JORET HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



Montopoli (Sabina), dibujo del malogrado pintor Ramón Tusquets

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

France 5 fr.
PUREZA - DEL CUTIS en Paris
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTÉJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co.
23 St-Denis, 10

Reumáticos y Gotosos!
Tratado de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colehico,
ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artrismo,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.
En Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.



PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN